

TEOLOGÍA

Fulton SHEEN, *Dios y el hombre*, Rialp, Madrid 2020, 253 pp.

En el prólogo de este libro, el obispo Robert Barron expresa claramente qué nos vamos a encontrar en su lectura: “Los ensayos reunidos en este libro son transcripciones de unas cintas de audio que el principal evangelizador católico del siglo XX grabó en 1965, a la edad de setenta años”. Llama la atención que se refiera Fulton Sheen como “el principal evangelizador católico del siglo XX”. No sé a qué criterios se puede acudir para otorgar este título. Y llama también la atención que las charlas a las que alude, que aquí se transcriben, tengan su origen en 1965. Lo cierto es que sí se nota que ha pasado más de medio siglo desde que estas charlas vieron la luz, porque por más que el lenguaje sea ameno, incluso simpático en muchas ocasiones, la orientación y el contenido es el propio de una teología que prácticamente es previa al Vaticano II. En lo que no cabe duda es que las tres cualidades que Ro-

bert Barron destaca de Fulton Sheen se constatan claramente en el libro: la inteligencia, la amplia visión de las cosas y la imaginación activa.

El contenido de las charlas corresponde al de un programa televisivo titulado “La vida vale la pena”, que en 1952 contó con 30 millones de espectadores y con un premio Emmy al personaje más influyente de la televisión americana. Se trata, por tanto, de un libro atractivo, en el que aborda múltiples temas: el amor, la conciencia, el miedo y el pecado, el bien y el mal, la Iglesia, la fe, la creencia y la increencia, el egoísmo, la depresión, el egoísmo y la generosidad... Y lo hace a partir de anécdotas, poesías y reflexiones. Al contenido original de las charlas se le han añadido algunos contenidos nuevos con el fin de “ir arrastrando una a una a las almas a una relación personal con Cristo” (p. 16). Precisamente este deseo de

lograr la conversión de las almas queda plasmado en muchas de las anécdotas de las que está plagado el libro, que narran encuentros con personas en búsqueda o alejadas de la fe, que la descubren a partir del contacto con Fulton Sheen.

La invitación a una vida que merezca la pena, llena de sentido, generosa, es una constante, pues, aunque algunos capítulos tengan algún contenido de tipo claramente teológico, o apoloético o de temática eclesial, en todos ellos se señala una orientación ética y generosa de la vida. Afirma, por ejemplo, que el mejor modo de escapar de la angustia vital (algo en lo que se detiene varias veces a lo largo de la obra) es salir en busca del prójimo. Los problemas de fe, dice, no se solucionan mediante elucubraciones mentales, sino poniéndose en camino, rompiendo el cascarón del egocentrismo.

El libro tiene tres partes claramente diferenciadas: la primera, dedicada a Dios y al hombre; la segunda, la más doctrinal, a Cristo y su Iglesia, y la tercera, al pecado. Hay capítulos de una orientación más bíblica; otros, más dogmática; otros, más existencial, sobre todo en la primera parte. Hasta aque-

llos capítulos que se refieren a realidades más difíciles: la divinidad de Cristo, la Santísima Trinidad, la Ascensión, el Espíritu Santo, la autoridad e infalibilidad, el pecado original y los ángeles... hasta en estos capítulos se esfuerza por ofrecer pedagógicamente un contenido que toque el corazón y que se haga comprensible; sin embargo, como ya he dicho, se nota claramente que ya son varias las décadas que han pasado desde que las charlas fueron escritas. Y que el autor nació en 1895 y murió en 1979. Es especialmente significativo, por ejemplo, el comienzo del capítulo que dedica al comunismo y la Iglesia, en el que late el pensamiento estadounidense de la guerra fría: “En el mundo de hoy existe algo parecido al autoritarismo: el comunismo. ¿Cuál es la esencia del autoritarismo? Yo diría que es triple: la sumisión de la mente al dogma, el temor como fundamento de la obediencia y la destrucción de la libertad de pensamiento. La Iglesia no presenta ninguna de esas características” (p. 207). Es este, quizá, el capítulo de una orientación más claramente apoloética.

Esteban de Vega

Papa FRANCISCO, *Espíritu Santo. Fuente inagotable de vida*, Paulinas, Madrid 2022, 142 pp.

En este libro se recogen las catequesis y discursos del papa Francis-

co sobre el Espíritu Santo. Al inicio aparece un amplio comentario de Salvatore Martínez, presidente del

Movimiento de Renovación Carismática y Consultor en el Vaticano del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización.

Para Salvatore Martínez el papa Francisco nos habla del Espíritu Santo, reabriendo vigorosamente esa ventana que aún permanece entreabierta y que es la “nueva vida” en el Espíritu; no menos de lo que han intentado hacer sus predecesores desde el Concilio Vaticano II en adelante.

No hay duda de que la tercera Persona de la Trinidad sigue siendo “*el gran desconocido*” (Papa León XIII, en la primera encíclica dedicada al Espíritu Santo: *Divinum illud munus*, 9 de mayo de 1897). Algunos dicen que saben de Él y luego poco hablan de Él y menos aún lo hacen bien; otros expresarán de esta manera, no muy frecuente de los cristianos de Éfeso preguntados por el apóstol Pablo: “Ni siquiera hemos oído decir que haya Espíritu Santo” (Hech 19, 2b); otros, y no son pocos, no perciben como fundamental la necesidad de superar el alejamiento del Espíritu, como recomendó efectivamente san Pablo VI: “Eso es lo que necesita la Iglesia. Necesita el Espíritu Santo. Del Espíritu Santo en nosotros, en cada uno de nosotros, y en todos juntos, en nosotros-Iglesia” (p. 6).

Como dice el título de este libro, el Espíritu Santo es verdaderamente

una *f fuente inagotable de vida*. Es la primavera que brota de la que habla uno de los últimos profetas del Antiguo Testamento (cf. Zac 13, 1). Es el cumplimiento de la promesa de Jesús, aquella con la que el Señor reveló el Espíritu, en Jerusalén, en el día la gran fiesta de los Tabernáculos: “El que tenga sed, que venga a mí; el que cree en mí que beba. Lo dice la Escritura: ‘De sus entrañas brotarán ríos de agua viva’. Esto lo dijo refiriéndose al Espíritu que habría de recibir los que creyeran en él” (Jn 7, 37b-39b).

Santa Catalina de Siena, orando, trató un día de describir a Dios como la *f fuente inagotable de la vida*: “Tú, Trinidad eterna, eres un mar profundo, donde cuanto más me sumerjo, más me encuentro, y cuanto más encuentro, más te busco. Eres insaciable, pues llenándose el alma en su abismo, no se sacia, porque siempre queda hambre de ti, Trinidad eterna, deseando verte con luz en tu luz”.

Salvatore Martínez afirma que la exhortación programática *Evangelii gaudium* (EG) huele al Espíritu Santo, imbuida de elementos que implícitamente o explícitamente nos llevan de vuelta a Él, a ese dinamismo espiritual, interior y exterior, que debe encontrarse en la vida del creyente, de una familia, de una comunidad de hermanos y hermanas, de una sociedad humana, como en las estructuras o

instituciones eclesiales, religiosas y civiles.

En EG el papa Francisco sostiene: cuando se carece de vida interior, de vida espiritual, “los creyentes se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida. Esa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado” (n. 2). Así al final, en un párrafo que es una verdadera apología del Espíritu, de rara belleza incisiva, dice: “Para mantener vivo el ardor misionero hace falta una decidida confianza en el Espíritu, porque Él viene en ayuda de nuestra debilidad” (Rom 8, 26). Pero esa confianza generosa tiene que alimentarse y para eso necesitamos invocarlo constantemente. Él puede sanar todo lo que nos debilita en el empeño misionero. Es verdad que esta confianza en lo invisible puede producirnos cierto vértigo: es como sumergirse en una mar donde no sabemos qué vamos a encontrar. Yo mismo lo experimenté tantas veces. Pero no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo todo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡Eso se llama ser misteriosamente fecundos! (EG 280).

En los discursos y catequesis recogidos en este libro aparece una especie de vocabulario espiritual que

puede traernos de vuelta al Espíritu, la fuente inagotable de la vida.

La primera palabra es “memoria”. El papa Francisco afirma: “Un cristiano sin memoria no es un verdadero cristiano: es un hombre o una mujer prisionera del momento, que no tiene historia. Recordar nuestra historia, y cómo el Señor nos ha salvado, es hermoso” (pp. 39-41). Jesús dijo: “El Espíritu Santo os recordará todo lo que os he dicho” (Jn 14, 26). ¡Somos tan olvidadizos que hemos olvidado lo que nos ha prometido el Maestro! El Espíritu nunca deja de recordarnos esto: Jesús está siempre con nosotros; estamos en sus manos; nuestro destino es celestial y eterno; somos una bendición para los demás; el sufrimiento y las pruebas no son la última palabra en nuestras vidas; ¡la muerte ha sido conquistada!

La segunda palabra del vocabulario espiritual es “vida”. El papa Francisco afirma: “El agua viva, el Espíritu Santo, Don del Resucitado que habita en nosotros, nos purifica, nos ilumina, nos renueva, nos transforma porque nos hace partícipes de la vida misma de Dios que es amor (pp. 43-46). Jesús dijo: “El Espíritu es el que da vida” (Jn 6, 63).

La tercera palabra es “unción”. El papa Francisco afirma: “El Pentecostés es para la Iglesia lo que para Cristo fue la unción del Espíritu recibida en el Jordán, es decir, Pen-

tecostés es el impulso misionero a consumir la vida por la santificación de los hombres, para la gloria de Dios” (pp. 47-50). Jesús ha dicho: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por eso me ha ungido” (Lc 4, 18). Somos “ungidos”, por lo tanto “cristos”, de Cristo, cristificados por el Espíritu. Es la unción del Espíritu lo que nos da inteligencia de la realidad. Es la unción lo que nos urge ir donde otros no irían: allí donde Jesús todavía no es conocido, donde la salvación está esperando para manifestarse.

La cuarta palabra es “fuerza”. El papa Francisco afirma: “Si no confiamos en la fuerza de Jesucristo como la única salvación, el único que puede hacer nuevas todas las cosas, como falsos cristianos. Debes creer que Jesús tiene toda la fuerza para renovar el mundo, para renovar la vida, para renovar tu familia, para renovar la comunidad, para renovar a todos”. Jesús dijo: “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo” (Hech 1, 8). El Espíritu Santo es la fuerza que se ajusta a los débiles, aquellos que renuncian al poder, que hacen que la gracia de Dios sea suficiente para vivir y ayudar a otros a vivir.

La quinta palabra es “valor”. Dirigiéndose a los jóvenes, el papa Francisco afirma: “El Espíritu nos da el valor para caminar contra corriente. Esto hace bien al corazón, pero hay que ser valientes para ir

contra corriente y Él nos da esta fuerza. No habrá dificultades, tribulaciones, incomprendiones que nos hagan temer si permanecemos unidos a Dios” (pp. 55-58). Jesús dijo: “No os preocupéis sobre cómo habéis de hablar o qué habéis de decir. El Espíritu Santo os enseñará en aquel momento lo que debéis decir” (Lc 12, 11b-12).

La sexta palabra es “oración”. “No hay cristianos mudos, mudos en el alma. El Espíritu Santo nos hace hablar con Dios en la oración. La oración es un don que recibidos gratuitamente; es diálogo con Él en el Espíritu Santo, que ora en nosotros y nos permite dirigirnos a Dios llamándolo Padre” (Papa Francisco) (pp. 59-62). Jesús dijo: “El Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan” (Lc 11, 13).

La séptima palabra es “novedad”. Afirma con acierto Francisco: “No es la novedad por la novedad, la búsqueda de lo nuevo para salir del aburrimiento, como sucede con frecuencia en nuestro tiempo. La novedad que Dios trae a nuestra vida es lo que verdaderamente nos realiza, lo que nos da la verdadera alegría, la verdadera serenidad, porque Dios nos ama y siempre quiere nuestro bien. Preguntémonos hoy: ¿Estamos abiertos a las “sorpresas de Dios?” (pp. 63-68). Jesús dijo de sí mismo: “Dios me ha dado su espíritu sin medida” (Jn 3, 34). Hay demasiados que viven en el pasado,

fugitivos o ausentes del presente, incapaces de corresponder a las novedades que Dios reserva a sus amigos. Si dejamos al Espíritu obrar, seremos protagonistas de novedades divinas, de las sorpresas que Dios nos reserva.

La octava palabra es “armonía”. El papa Francisco afirma: “En la Iglesia, la armonía la hace el Espíritu Santo. Solo Él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo realizar la unidad. En cambio, cuando somos nosotros los que pretendemos la diversidad y nos encerramos en nuestros particularismos, en nuestros exclusivismos, provocamos divisiones; y cuando somos nosotros los que queremos construir la unidad con nuestros planes humanos, terminamos por imponer la uniformidad, la homologación” (pp. 63-68). San Pablo lo explica bien cuando, hablando de la Iglesia, repite a menudo una palabra, “diversidad”: “Hay diversidad de dones, diversidad de funciones, diversidad de ministerios” (1 Cor 12, 4-6). A través del Espíritu estamos llamados a reconciliar los opuestos, a resolver en un nuevo acuerdo sinfónico todas las disonancias causadas por nuestras diferencias humanas, a vencer la resistencia a perder la riqueza que nos rodea.

La novena palabra es “misión”. “El Espíritu Santo es el alma de la misión, que da valor para recorrer

los caminos del mundo llevando el Evangelio. El Espíritu Santo nos muestra el horizonte y nos impulsa a las periferias existenciales para anunciar la vida de Jesucristo. Preguntémosnos si tenemos la tendencia a encerrarnos en nosotros mismos, en nuestro grupo, o si dejamos que el Espíritu Santo nos conduzca a la misión” (Papa Francisco) (pp. 63-68). Jesús dijo: “El Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Y vosotros también lo daréis” (Jn 15, 26-27).

La décima palabra es “perdón”. El papa Francisco afirma: “El perdón libera el corazón y le permite recomenzar: el perdón da esperanza, sin perdón no se construye la Iglesia. El Espíritu en cambio nos insta a recorrer la vía de doble sentido del perdón ofrecido y del perdón recibido, de la misericordia divina que se hace amor al prójimo”. (pp. 91-94). Jesús dijo: “Cuando el Espíritu Santo venga, demostrará al mundo en qué está el pecado, la justicia y la condena” (Jn 16, 8). Las personas viven como si el cielo no existiera sobre sus cabezas, ajenos a sus pecados, ignorantes al hecho de que el pecado conduce a la infelicidad y la autodestrucción. El Espíritu Santo nos ofrece la gracia que nos reconcilia, que nos absuelve, que nos justifica, que nos salva. Vivir como perdonados, como hombres y mujeres que han experimentado la misericordia y la justicia divina, es la condición para ser felices.

En la última parte del libro el papa Francisco reflexiona sobre los siete dones del Espíritu: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios.

La lista de los siete dones del Espíritu encuentra su formulación en una página del profeta Isaías: “Sobre él reposará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fuerza, espíritu de conocimiento y de temor del Señor” (Is 11, 2).

Faltaría la piedad, pero la versión griega de los LXX y la Vulgata La-

tina la añaden, teniendo en cuenta que en el Antiguo Testamento a menudo se identifican la piedad y el temor del Señor. El Espíritu mismo es “el don de Dios” por excelencia (cf Jn 4, 10), es un regalo, y su vez comunica a quien lo acoge diversos dones espirituales. La Iglesia identifica siete, número que simbólicamente expresa plenitud, integridad; son los que se aprenden cuando se prepara para el sacramento de la Confirmación y que invocamos en la antigua oración llamada “Secuencia al Espíritu Santo”.

Juan Pablo García Maestro

José COBO, *La paradójica realidad de Dios*, Fragmenta Editorial, Barcelona 2020, 330 pp.

Esta obra es la segunda de una trilogía que comenzó con el libro “Incapaces de Dios” (Fragmenta Editorial, Barcelona 2019, 233 págs.). Como en el libro anterior, José Cobo ofrece una profunda reflexión sobre Dios, la fe, la religiosidad, y muy concretamente, la especificidad del Dios bíblico. De Él dice, desde la misma introducción, que “no es un Dios homologable al dios que apunta la típica sensibilidad religiosa” (p. 11). De hecho, como ya decía en el anterior libro citado, la palabra “Dios” resulta problemática. Es problemática porque hoy, de entrada, el planteamiento de la *cosa en sí*, la objetividad de la alteridad, es una gran duda, que afecta de lleno a la comprensión de Dios como el

Otro. Porque “todo lo que no encaja en las condiciones de la posibilidad de la experiencia sencillamente no es” (p. 18).

El libro plantea profundas reflexiones y sugerencias, con un lenguaje que a veces se hace muy oscuro:

- Cómo el pueblo de Israel pasó de la creencia en varios dioses, pero con culto a uno solo, al monoteísmo. Eso significó creer en un único Dios que le pedía una respuesta y que no era el poderoso, sino el que apostaba por el más necesitado.
- Dónde reside la diferencia entre signo y símbolo.
- Qué significa la diferencia en-

tre *homo religiosus* y creyente y, en paralelo, la diferencia entre el Dios de la fe y el dios de la religión.

- Cómo en la Biblia conviven cuatro tradiciones distintas acerca de Dios: yavista, elohista, sacerdotal y deuteronomista, y lo que cada una de estas tradiciones aporta. Y, de todas ellas, la experiencia del exilio, que origina la tradición deuteronomista, es la más determinante.
- Cómo a Dios no le podemos dar “por descontado”, lo cual es lo propio del paganismo. Un Dios así sería manipulable, con el que cabrían contratos. Y con el Dios bíblico no caben contratos sino promesas.
- Cómo vuelve una y otra vez a unir el Nuevo Testamento con el Antiguo Testamento, interpretando, de modo más profundo del que estamos acostumbrados, algunos textos, el valor del ritual, de la ley... y superando la tentación actual a que todo pase por el sentimiento.
- Cómo se detiene en el significado del mal y su influjo en el ser humano, siguiendo el experimento de Milgram, la reflexión de Hanna Arendt acerca de la banalidad del mal, las ideas de Jünger.
- Cómo hay grandes diferencias entre religión y fe. Se detiene en la fe desnuda en Dios, aunque no sea posible su interven-

ción, pues nos encontramos en una realidad “sin Dios mediante”, como si no hubiera Dios (253). En este sentido, es especialmente interesante el capítulo que dedica a la persona de Abrahán.

- Cómo existen diferencias entre panteísmo y panenteísmo, aunque rechace ambas posibilidades.
- Cómo, a pesar de lo que diga la cultura actual, existe una profunda relación entre libertad y obediencia radical a Dios.
- Cómo el deseo de Dios que el hombre experimenta tiene que ser transformado para buscar realmente a Dios.
- Cómo presenta la gran paradoja según la cual “el hombre se abandona a Dios donde fracasa en su intento de acercarse a Dios” (83).

En el conjunto del libro caminan de la mano la teología y la filosofía, pero globalmente abunda más la filosofía, muy especialmente en algunos capítulos, como por ejemplo en el último, de línea más metafísica, con muchas referencias a pensadores modernos: Kant, Nietzsche, Kierkegaard, Heidegger, Hume... y muy especialmente Lévinas.

El autor comenta al comienzo del libro, como ya lo hizo en *Incapaces de Dios*, que los capítulos se pueden leer en el orden en el que el lector

deseo, y es cierto; pero también es cierto que se produce una especie de circularidad en la que las ideas se van exponiendo y profundizando, en ocasiones de modo un tanto cargante y repetitivo.

Lo que no cabe duda es que el título del libro es acertado, porque en la exposición que realiza acerca de Dios aparece constantemente la paradoja, y a la paradoja acude constantemente el autor para expresar quién y cómo es Dios. Así, expresa que Dios es un Yo, un Alguien, no un algo. Pero a la vez afirma, muchas veces, que Dios *aún no es*, que no puede ser sin el hombre, que se trata “de un Yo que va en busca de su identidad” (p. 237). Esta idea la repite de diversas formas a lo largo del libro: “Tiene pendiente volver a ser el que fue” (p. 313); “no terminará de ser el que quiere ser hasta que no se reconcilie con el hombre” (p. 237); la caída del hombre no afectó solo al hombre, sino que afectó también a Dios mismos; que Dios “se encuentra precisamente *en el aire*” (p. 241); que Dios “no se encuentra en las cimas, sino en las simas” (p. 272); que “perdió de vista su quién tras el gesto arrogante del hombre” (p. 275).

Es un libro también de antropología porque, a la vez que habla de Dios, habla del hombre, pues José Cobo presenta con frecuencia la preocupación por nuestra identi-

dad, nuestra incompletud, nuestro estar sin raíces, en búsqueda.

A José Cobo le gusta jugar con las palabras, con las imágenes paradójicas, de ahí que utilice con frecuencia expresiones como “Dios llama con el grito desgarrado de los dejados de la mano de Dios”. Y también utiliza un lenguaje provocativo, denso, de profundidad filosófica a veces un tanto oscura, jugando con el sentido etimológico o con los distintos matices de los verbos, como por ejemplo cuando dice “tan solo Dios y el hombre existen. Las piedras, los árboles y las focas son” (p. 105).

Leer el libro hasta el final es un reto, porque exige esfuerzo; pero merece la pena. Aunque en ocasiones uno tiene la impresión de que las cosas se podrían expresar de forma más sencilla; y que, aunque lógicamente es cierto que el Dios de Jesús es el mismo que el Dios del Antiguo Testamento, merecería la pena que hubiera más referencias a Jesús, al Dios encarnado. Da una importancia muy grande a la encarnación, al cuerpo, en oposición a la divinidad tan en boga de las espiritualidades oceánicas y tranquilizadoras; pero merecería la pena que, en coherencia con el sentido profundo de la encarnación, dejara un poco menos oscura la fe y la espiritualidad cristiana.

Esteban de Vega

IGLESIA

Antonio PAU, *Herejes*, Trotta, Madrid 2020, 141 pp.

Es un libro ameno, interesante, que recorre, “hereje por hereje”, algunos de los casos que en la historia del cristianismo han sido denominados con este apelativo. Antonio Pau, en la presentación del libro, reconoce que, vistos desde hoy, muchas de estas personas nos parecen realmente modélicas, por su valor en expresar lo que creían, sin someterse al criterio común que dominaba en cada época, y porque con su disidencia ayudaban a corregir y a mejorar la teoría a la que se oponían. A muchos de ellos les tocó pagar el precio de su valentía con la soledad, el vacío, la deportación, el silencio impuesto, y a veces hasta la muerte.

En el libro se nos dice que nos acercaremos a 22 herejes, y que se ha escogido este número porque estas fueron las vidas imaginadas por el escritor Marcel Schowb. Y se insiste en una idea que se repite varias veces a lo largo del libro: “Aunque parezcan fantásticas e inverosímiles, las vidas de estos veintidós herejes son absolutamente reales. Pero de esa realidad que, como tantas veces, se aproxima a la ficción” (p. 12). Y está bien que ofrezca este aviso, porque realmente algunas de las vidas parecen fantásticas. Y aquí hay una característica que se percibe en cada uno de los capítulos: se atiende más a la vida de la

persona en cuestión que a las ideas que la llevaron a ser declarada hereje; pero en todos los casos se presenta lo fundamental de su herejía. Por este motivo, la lectura de esta obra, como decía al principio, es tan amena. Y esto sin olvidar que en muchos casos se han perdido los escritos de los autores y sólo podemos hacernos una idea de lo que expresaron por la transmisión que hicieron sus opositores de sus doctrinas.

Expongo a continuación la lista de los herejes que van apareciendo, presentando muy brevemente algún rasgo que sintetiza su herejía o su aportación.

- Marción de Sínope. Separaba radicalmente el Dios del Antiguo Testamento del Dios del Nuevo Testamento.
- Valentín. Era gnóstico, de espiritualidad egipcio-helenística.
- Apolinar de Laodicea. Se opuso a la doble naturaleza de Cristo. Sólo reconocía la naturaleza divina, porque Cristo era Dios con cuerpo de hombre.
- Joviniano. No daba más importancia al celibato que al matrimonio, a pesar del ambiente tan dualista de la época. Esto le provocó fuertes controversias, por ejemplo, con San Jerónimo.
- Pelagio. Se opuso radicalmente a la idea de que el pecado

- original hiciera que el hombre naciera lastrado irremisiblemente.
- Vigilancio se opuso a la adoración de las reliquias.
 - Pedro Valdo era amante del evangelio vivido con sencillez y en pobreza.
 - Amalrico de Bène afirmaba que todo lo que es, es Dios.
 - Arnau de Vilanova estaba convencido de la llegada del fin del mundo y la necesidad de la conversión.
 - Fray Dulcino de Nevara amaba la igualdad, la justicia, la Iglesia de los pobres de Cristo.
 - El maestro Eckhart manifestó siempre un deseo desenfrenado por conocer, lo cual le acarrió fuertes controversias con la autoridad religiosa.
 - Fray Diego de Mendoza era un converso judío en un monasterio jerónimo.
 - Isabel de la Cruz fue propagadora del dejamiento.
 - Menno Simons se convirtió al anabaptismo, siendo anteriormente sacerdote.
 - Miguel Servet no creía en un Jesucristo Hijo eterno de Dios, sino Hijo de Dios eterno.
 - Socino no creía en el castigo eterno del infierno y daba más importancia a la razón que a la fe.
 - Andreas Bodenstein se desencantó de la teología y consideró que no saber era una gran virtud, pues era partidario del “perfecto no saber”. Por este motivo, se hizo mozo de cuerda.
 - Jacob Böhme consideraba buena la pluralidad de religiones.
 - Antonio de Rojas ofrecía el camino de la quietud para llegar a la contemplación.
 - María Jesús de Ágreda fue mística, visionaria, y de ella se comentaba que tenía capacidad de bilocación, porque hubo quien afirmó haberla visto evangelizando en América, a pesar de que nunca salió de su convento.
 - Miguel de Molinos era defensor del silencio y el desapego, hasta de Dios mismo.
 - Janet Horn fue quemada en Inglaterra acusada de bruja.
- Junto a la biografía y la exposición de las ideas de los herejes, el libro presenta una serie de curiosidades muy interesante, como es el hecho de acercarnos al ambiente tan sumamente peculiar de los primeros siglos de la Iglesia, en los que la preocupación por la salvación y por vivir de forma rigurosa lo que se interpretaba como camino de perfección se mostraba de formas muy curiosas, que se engloban bajo el paraguas genérico de *anacoretas*, pero que tenía manifestaciones muy diversas: “los ermitaños, que se construían cabañas en el desierto u ocupaban grutas o se alojaban en tumbas de viejas necrópolis; los giróvagos, que deambulaban por el campo [...]; los reclusos, que se cerraban entre cuatro paredes sin

ventanas [...]; los dendritas, que se subían a vivir a los árboles [...]; los adamitas, que vivían desnudos y sin buscar refugio [...]; los sideróforos, que iban siempre cargados con cadenas; los acémetas, que procuraban mantenerse en vigilia permanente; los estilitas [...] que se encaramaban a lo alto de columnas. Casi todos eran analfabetos” (p. 27).

Otra idea también muy llamativa es que hubo épocas en las que la enorme importancia que adquirió el culto a las reliquias hizo que hubiera templos de primera y de segunda categoría, dependiendo del hecho de que contarán o no con reliquias. Y por encima de todo es sorprendente observar que hubo épocas en las que pensar de un modo muy similar a como se pien-

sa hoy en día ocasionaba un fuerte perjuicio para quien se atreviera a exponer sus ideas. A los ojos de hoy, se ve más cerrazón en quienes defendían la opinión consideraba ortodoxa que la de quienes disientían, como era el caso de San Agustín o San Jerónimo.

El libro termina con dos añadidos interesantes: unas cuantas páginas en las que se presentan ilustraciones de los personajes de los que se ha hablado, o bien grabados de la época o alusivos a alguno de los herejes, y unas referencias bibliográficas de cada uno de los personajes, por si se desea profundizar en su vida, su pensamiento o su época.

Esteban de Vega

ESPIRITUALIDAD

Cardenal Seán O'MALLEY, *Se buscan amigos y lavadores de pies*, PPC, Madrid 2020, 276 pp.

Seán O'Malley es franciscano capuchino, cardenal miembro del Consejo de cardenales que asesora al papa Francisco y presidente de la Pontificia Comisión para la Protección de Menores. En este libro, que tiene el sugerente título de *Se buscan amigos y lavadores de pies*, debería haber escrito como subtítulo algo así como “Para la animación espiritual y pastoral de los presbíteros”, porque lo cierto es que la mayor parte de los artículos se dirigen de forma

muy específica a sacerdotes. Esta concreción no le quita pertinencia y encanto al libro, que se lee muy bien y que está plagado de sabias reflexiones, pero obviamente sí resta interés al gran conjunto de cristianos no sacerdotes.

El prólogo, a cargo de José Tolentino de Mendonça, predispone a iniciar la lectura del libro con interés. Destaca el escritor portugués el buen humor con el que está escrito

y el acierto de hacer de este rasgo un motivo que anime a la conversión, lo cual no es habitual, pues se suele aludir más a la penitencia y a la seriedad como motores para la conversión. Las últimas palabras del prólogo (“Quien lea este libro no lo va a olvidar”) ya me parecen un tanto exageradas.

El libro está estructurado en dos partes, bien diferenciadas por el título de cada una de ellas, y no tanto por el contenido. La primera parte coincide con el título general de la obra y la segunda se titula “Al ritmo de la liturgia y de la misión”. Si en ambas partes la referencia y los destinatarios son fundamentalmente los sacerdotes, esto es mucho más claro en la segunda parte, en la que los capítulos tienden a ser mucho más breves. Algunos de estos capítulos son recopilaciones de homilías, con motivo de alguna ordenación sacerdotal y episcopal. Ofrece consejos y orientaciones muy ciertas, que son de agradecer, como por ejemplo “es necesario ser *competente* para proclamar el Evangelio. No hagáis morir de aburrimiento a quienes os escuchan” (p. 235).

En todos los capítulos las alusiones a pasajes del evangelio son constantes, no en clave exegética, sino vital, muy estimulantes, como invitaciones a vivir tal y como nos señala la Palabra de Dios, ofrecidas con muy buen humor, como ya anunció Tolentino de Mendonça,

y con un lenguaje muy sencillo y directo. Este lenguaje tan sencillo, apto para todo creyente, es uno de los rasgos más atractivos del libro, que se lee con gusto. Por ejemplo: “Jesús pasó treinta años en Nazaret y tres en Cafarnaún -diez veces más en Nazaret que en Cafarnaún-. Nosotros, americanos, somos dados al activismo y nos sentimos más cómodos en Cafarnaún, pero sin Nazaret no se puede vivir bien en Cafarnaún” (p. 46).

También destaca el libro por la gran cantidad de anécdotas, historias y narraciones breves que incluye, recursos que denotan una gran capacidad en Seán O’Malley para captar la atención de sus lectores. A través de estas historias transmite mensajes que invitan al perdón, a la conversión, a la justicia, a la convivencia, a la solidaridad. Muchas de estas anécdotas tienen una raíz autobiográfica, al referirse a muchos de los destinos por los que ha ido pasando. En este sentido, destaca el capítulo que dedica a la protección de menores: cómo se sintió profundamente conmovido por el dolor que descubrió en el encuentro con las víctimas que habían sufrido este tipo de abuso. Desde ahí envía un mensaje de implicación para evitar que estas situaciones se sigan produciendo y de tolerancia cero, propio de quien es presidente de la Pontificia Comisión para la Protección de Menores.

Es llamativo que realice tantas alusiones a los jesuitas, siendo, como es, franciscano. Pero esto le permite también realizar alusiones al papa Francisco, de quien se muestra gran admirador, por el hecho de ser un papa jesuita, pero con un corazón muy franciscano, como revele en el hecho evidente de la elección de su nombre.

También llama la atención la referencia tan abundante y afectuosa a la cultura portuguesa, latina e hispana. Se nota que ha vivido épocas en diversos países y que ha creado lazos de simpatía, que le han dejado un poso entrañable para su ministerio. En una de las homilias que recoge al final dice: “Mas de la mitad de los americanos con menos de treinta años, y el 70% de los me-

nores de dieciocho, son hispanos. Estas estadísticas, que probablemente aumentarán los próximos años, a medida que los hispanos sigan llegando, teniendo hijos y construyendo familias amplias, exigen una respuesta pastoral. Por tanto, si aún no habláis español, intentad aprender la lengua. Es más fácil que el griego” (p. 231).

A pesar, como ya he dicho, de que un porcentaje grande del contenido del libro sea dirigido muy claramente a los sacerdotes, considero que el libro merece la pena para todo cristiano que desee profundizar en su vida de servicio y en su conocimiento del estilo de vida de Jesús.

Esteban de Vega

Franz JALICS, *Escuchar para ser, Sígueme, Salamanca 2021, 202 pp.*

Como en otros libros de Franz Jalics, el prólogo corre a cargo de Pablo d’Ors, que se muestra un apasionado seguidor de Jalics. En este prólogo enmarca la globalidad de la obra de Franz Jalics y reconoce la influencia creciente de este maestro espiritual en el mundo de la espiritualidad. En medio del horizonte permanente del pensamiento de Jalics, centrado en la espiritualidad, esta obra se centra específicamente en la escucha al otro. Y digo bien: “al otro” con minúscula, porque esta obra se dedica a la escucha de las personas

y no a la escucha del “Otro” con mayúscula, que suele ser lo habitual en Franz Jalics. Se da mucha importancia a la relación humana, que implica (y lo expresa con detenimiento) proporcionalidad, autonomía, reflejo, pausa, revelación, gratuidad y diálogo. Cada una de estas determinaciones, que expresa someramente Pablo d’Ors, cobrarán después, en la parte central del libro, un desarrollo muy detenido por parte de Jalics. Termina el prólogo con una alusión a María, la que escuchó como nadie, guardando la palabra en el corazón.

Confiesa el prologuista una licencia que se ha tomado con el libro, una más, puesto que reconoce haberse tomado otras: el título. En la obra original el título era “Aprendiendo a compartir la fe”. Pablo d’Ors prefirió el título actual, “Escuchar para ser”, por la centralidad de la escucha y del ser en la obra de Jalics.

Jalics parte de una clave: la relación con los demás determina nuestra relación con Dios y viceversa. Por eso: “Quien alcanza una actitud contemplativa en su trato con Dios será también comprensivo con quienes se relaciona... [...] y quienes no sean capaces de entender a sus semejantes y de comunicarse con ellos tampoco llegarán muy lejos en su relación con Dios” (p. 19). Por eso este ensayo versa sobre la actitud que debe cultivar todo agente de pastoral en su misión: escuchar para ser. Y reconoce que como base para la reflexión que ofrece se ha servido de las teorías de Karl Rogers especialmente, y de la de G. Marain Kinget.

El contenido del libro es sencillo, en todo caso muy práctico. Por comunicarlo siempre a partir de la propia experiencia de acompañante, es muy convincente. Expresa desde esa convicción y desde la autoridad que da la experiencia que mientras no nos intereseamos por las vivencias de los otros, no habrá una comunicación positiva y, en consecuencia, tampoco se producirá la transmisión de la fe. Debe-

mos aprender que no se trata solo de comprender al otro y de aconsejarle, sino simplemente de estar a su lado para que él mismo tome conciencia de sí. Solo a partir de estas actitudes se podrán resolver los problemas. Es decir, es necesario desplazar el centro de gravedad hacia la otra persona, hacia su capacidad de aclararse para resolver por sí mismo sus propios problemas. A esta actitud necesaria para el acompañamiento la llama “conversión al prójimo”. Y en estas ideas se observa claramente la influencia que Jalics ha tenido en Pablo d’Ors, porque coinciden totalmente con las que Pablo d’Ors comunica en alguna de sus obras.

Confiesa Franz Jalics gran confianza en el ser humano: toda persona es capaz de comprenderse a sí misma y, por tanto, de resolver sus problemas. De ahí se deriva que podamos hablar de capacidad de autonomía.

En algún capítulo, como el que titula “Acoger a la persona”, se plantean situaciones de hombres y mujeres en relación con temas religiosos y se analizan posibles respuestas. En todos los casos, aconseja poner a la persona en el centro, no al propio problema que plantea, y hacerlo sin dar soluciones, sino invitando a compartir más, a profundizar. Este capítulo resulta excesivamente metódico, y se refiere a un acompañamiento muy explícito. En medio de explicaciones tan prolijas, se ve

una idea muy clara: si no hay actitud de acogida, que Franz Jalics pone en relación con la actitud contemplativa, no se puede pretender ser pastoralista ni acompañante. Se destaca aquí, como en otras partes de la obra, que existe algo en común entre el acompañamiento y la contemplación: no se trata de alcanzar nada en particular, solo de estar ahí, escuchar, estar abierto, atento. Y se resalta fundamentalmente la capacidad de estar en apertura total para escuchar, porque no seremos capaces de escuchar mientras no aprendamos a suspender temporalmente nuestra actividad mental.

Otro capítulo digno de destacar es el titulado “Practicar lo aprendido”. En él Franz Jalics va proponiendo cómo actuar con distintas tipologías de personas: con los excesivamente fervorosos, los agresivos, los que sufren, los que buscan... Y añade dos partes más, muy interesantes: “lo que acontece en el silencio” y “el orador”, referidas a las bases necesarias para llegar a las personas en la comunicación. En todos los casos, el consejo sigue siendo el mismo: escuchar y reflejar lo que se recibe, con mucho respeto, dedicando tiempo, pacientemente, especialmente con los agresivos y los que sufren.

Dedica también un capítulo a la comunicación en grupos, la dificultad de escucharse, las afirmaciones demasiado categóricas... También aquí, como en el resto del libro, expone muchas situaciones concretas vividas por él mismo, e insiste en la necesidad de diálogo, la escucha activa, la empatía, la capacidad de ceder, el recuerdo y la renovación de los objetivos que motivan el ser del grupo, la dinámica de la animación del grupo, la necesidad de las relaciones gratuitas, los distintos tipos de grupos...

El capítulo final es muy breve y es como una especie de epílogo a toda la obra: “Bendecir con el corazón”. Se puede interpretar como un resumen en el que se vuelve a insistir en la centralidad de la persona y en la realidad del acompañado. Lo inicia con el pasaje de 1 Cor 13, el cántico del amor, para indicar que, se haga lo que se haga, si no hay amor, no sirve de nada. Y la importancia de la oración, concretamente la oración de intercesión, que produce auténtica bendición. Creo que es un buen broche de oro para este libro, tan sugerente, tan práctico y a la vez de tan elevadas miras.

Esteban de Vega

Michael PLEKON, *El mundo como sacramento. Un camino ecuménico hacia una espiritualidad global*, Narcea, Madrid 2022, 257 pp.

En este libro, Michael Plekon reúne la biografía de personas cristianas,

de distinta procedencia confesional, pero todas ellas conectadas por

una comprensión del mundo cotidiano como lugar de encuentro con Dios. Michael Plekon, ucraniano de origen, aunque ahora vive en Estados Unidos, es un buscador incansable de Dios en la vida cotidiana, en el mundo secular. En su camino de búsqueda ha pasado por distintas confesiones cristianas. En el primer capítulo, único que dedica a sí mismo, junto con un breve epílogo, presenta brevemente su recorrido, en el que se define como una persona buscadora y ecuménica. Ha sido fraile carmelita, posteriormente luterano y actualmente ortodoxo y reconoce que en todas estas situaciones por las que ha pasado se ha encontrado bien, en casa, porque para él es mucho más evidente el fondo común que comparten que las pequeñas diferencias.

A lo largo del libro se presenta la vida y el pensamiento de algunas personas, la mayoría de las cuales son desconocidas para el gran público occidental, pues bastantes son de procedencia rusa, algunos de los cuales vivieron exiliados en Francia por motivos religiosos, o bien estadounidense. Se trata de Elisabeth Behr-Sigel, la Madre Maria Skobtsova, Alexander Men, Nicholas Afanasiev, Lev Gillet, Paul Evdokimov, Thomas Merton, Marilynne Robinson, Richard Rohr, Barbara Brown Taylor, Joan Chittister y Kathleen Norris. De todas ellas aparece una breve foto en el inicio del espacio que se les dedica, lo cual

es de agradecer, porque permite ponerles rostro. Todos ellos son del siglo XX o XXI.

Estas personas tienen en común un fondo crítico con la Iglesia institucional y con las injusticias sociales y se muestran inconformistas con la cultura individualista que arrincona a los pobres y con la política que margina y olvida a los más necesitados. El autor dice que este es un tiempo “invernal” para el ecumenismo, muy distinto al del *boom ecuménico* que supuso el Concilio Vaticano II. Ve necesario recuperar el planteamiento ecuménico que todas estas personas vivieron y la actitud liberal y anticonservadora que hoy día preside el papa Francisco.

Otra característica que todas las personas que se presentan en el libro tienen en común, destacada en el propio título de la obra, queda reflejada claramente en la cita de Barbara Brown que encabeza la parte dedicada a su biografía: “¿Construimos una casa para Dios para poder elegir cuando ir a verle, en lugar de que Dios se quede en la nuestra? ¿Qué le ocurre al resto del mundo cuando construimos cuatro muros, aunque sean cuatro muros preciosos, los coronamos con una cúpula y los llamamos Casa de Dios? ¿Qué pasa con las riberas de los ríos, las cimas de las montañas, los desiertos y los árboles? ¿Qué ocurre con la gente que nunca va a nuestras casas de Dios?” (p. 199).

En el espacio dedicado a cada una de las personas Michael Plekon narra brevemente su biografía y resume su aportación en el campo de la teología, del pensamiento en general, de la poesía, de la literatura... En muchas ocasiones, con citas de sus propios escritos. Quizá las biografías que resultan más llamativas, por las particularidades de su vida y de su personalidad, son la de la Madre Maria Skobtsova y la de Lev Gillet.

Como ya he dicho, las biografías de estas personas, tan diversas de entrada, tienen muchos rasgos en común, pero quizá el que más destaca el autor es su confianza ilimitada en el amor de Dios. De hecho, algunos de los subtítulos que acompañan

al nombre de cada uno de los biografiados hace una alusión muy directa a la inmensidad de este amor: “La fuerza del amor”; “El amor sin límites”; “El amor loco de Dios”...

Un libro interesante, aunque a veces da la impresión de que los acentos y las preocupaciones en las que Michael Plekon va insistiendo no empatizan de lleno con la sensibilidad o el sentir occidental. Pero quizá en esta pequeña diferencia puede encontrarse uno de los rasgos más positivos del libro, porque obliga a ensayar otra mirada y a adoptar otros puntos de vista que nos obligan a salir de nuestro espacio habitual de comprensión.

Esteban de Vega

Carlos DOMÍNGUEZ MORANO, *Mística y psicoanálisis. El lugar del Otro en los místicos de Occidente*, Trotta, Madrid 2020, 437 pp.

Extensa y cuidada obra que intenta desarrollar dos ideas que el autor expresa en el prólogo: por una parte, evidenciar la participación de los estratos profundos de la personalidad (el Otro del inconsciente) en los diversos estados místicos, así como el carácter, sano o enfermo, que puede conllevar el modo de participación; y, por otra parte, poner de manifiesto que la experiencia mística más genuina supone la convicción de un encuentro con otro que trasciende lo humano y que ese encuentro, si es tal, deriva necesariamente en el compromiso

ético y en la interacción social. Estas líneas podrían ser un resumen muy genérico de la obra, porque para dar cuenta de estas dos grandes ideas Carlos Domínguez desarrolla un trabajo impresionante de investigación, confrontación de ideas, profundización en los escritos de autores opuestos en sus interpretaciones y en los escritos y las experiencias de los místicos.

Los referentes fundamentales, por ser los más citados y con más amplitud, dentro del mundo de los místicos, son San Juan de la Cruz,

Santa Teresa de Jesús y San Ignacio de Loyola. A este último, menos citado en el conjunto del libro, dedica precisamente el último capítulo de la obra, a pesar de ser a quien menos se le asocia con el mundo de la mística por la escasez de sus escritos en torno a este tema y por la parquedad en la comunicación de lo que experimentó en este campo. Pero junto a estos tres grandes referentes, aparece un conjunto impresionante de nombres que han vivido experiencias místicas, a lo largo de los siglos, incluyendo el siglo XX, y centrándose de forma prioritaria, tal y como recoge en el subtítulo, en occidente. Y el número de las personas a las que se cita, como representantes del mundo de la psiquiatría o la psicología, y muy especialmente en el campo del psicoanálisis, es también desbordante. El más citado, sin duda, es Freud, pero junto a él aparecen pensadores como Jung, Lacan, Certeau, Ricoeur, Julia Kristeva, Catherine Clément, Romain Rolland, Sudhir Kakar, A. Vergote... Y entre los autores más citados dentro del apartado de la fenomenología religiosa, sobre todo en la primera parte del libro, aparecen Juan Martín Velasco y William James.

La gran pregunta, enunciada también en el subtítulo, se refiere a qué es lo que hay detrás del Otro que aparece en el mundo de la mística: es el Otro como realidad trascendente, que cambia la vida, o es

el Otro leído como superyo en clave psicoanalítica. Se presentan las distintas posturas ante esta gran pregunta, con un lenguaje muy aseQUIBLE, aunque a veces pueda parecer muy técnico y de difícil comprensión. Y se destaca que, por más que las experiencias y las propias personas que las sufrieron, puedan dar lugar realmente a pensar en desviaciones de distinto tipo psicológico, la experiencia mística va más allá, sobrepasa ese tipo de análisis y sigue dejando abierto el campo al contacto con el Otro, entendido como divinidad, apertura al infinito o trascendencia. De hecho, hay grandes expertos en los diferentes campos de la psiquiatría que, desde claros posicionamientos científicos, se resisten a reducir la experiencia mística a meras desviaciones psicológicas.

En un libro tan extenso, a la vez que profundo, el lector encuentra verdaderos filones de reflexión en torno a la mística. Por ejemplo, cómo la cultura, la teología y la sociología de cada época se dejan sentir en las diferentes modalidades de tipo místico, sin que esta llegue a desaparecer nunca; la diferente concepción que tienen el protestantismo y el catolicismo sobre la mística; las místicas profanas, especialmente manifiestas en el momento actual; las experiencias místicas globalizadoras y fusionales a las que conduce la experiencia estética; la dificultad de discernir las fronteras entre

el delirio místico y el misticismo religioso, a partir de casos concretos; las interpretaciones tan diversas de los fenómenos psíquicos que tienen las distintas escuelas de psiquiatría; la diferencia entre conceptos como “misticismo histérico” e “histeria mística”; la relación de Freud con el concepto de “sentimiento oceánico”, tan extendido posteriormente; la difícil relación entre la mística y la institución, o entre la mística y la profecía, tema este de especial interés; los distintos modos de analizar la experiencia mística que tiene el psicoanálisis, la psicología humanista, la psicología transpersonal...; la relación entre la experiencia extática y la experiencia sexual; la diferencia entre místicos y alumbrados; la difícil combinación del *Ruah* (es espíritu, lo incondicionado) y el *Dabar* (la palabra), que le exige a la palabra hacerse violencia a sí misma para poder expresarse, transformándose en un puro oxímoron en el que San Juan de la Cruz es especialmente repre-

sentativo; las desviaciones de la mística y la reflexión, interesantísima, sobre lo que denomina “la zona oscura”, el masoquismo; el concepto de sublimación, que interpreta como “la posibilidad de cambiar el fin sexual primitivo por otro, ya no sexual, pero psíquicamente afín al primero”; la diferencia entre sublimación, idealización y represión; las características femeninas de la experiencia mística, tanto respecto a la imagen de Dios, que se concibe más como madre, y al propio místico, que se interpreta a sí mismo como esposo...

No es un libro para una lectura rápida, ni por su extensión ni por la dificultad de muchas de sus páginas; pero es realmente un libro que merece la pena y que ayuda a entender mejor no sólo el mundo de la mística sino la cultura actual y los claroscuros de la experiencia religiosa y de su vivencia.

Esteban de Vega

Josep F. MÀRIA I SERRANO, *Signos de una presencia. Mística diaria*, PPC, Madrid 2019, 303 pp.

Hacer una reseña de este libro es muy fácil, ya que el mismo autor presenta lo que es su libro en la introducción del mismo: “Este libro es un compendio de signos de una Presencia, instrumentos de mística diaria. Cada breve capítulo suele comenzar con la vivencia [...] Sigue una reflexión que busca conexio-

nes con otras vivencias [...] En un tercer momento procuro conectar el núcleo de la vivencia con citas breves de tradiciones humanistas o religiosas [...] El capítulo se cierra con preguntas”. Aquí está resumida la metodología del libro, que se va repitiendo capítulo a capítulo durante los 70 temas que aborda.

Pretende así “que el libro sea útil e inspirador para toda la gente que busca la profundidad de la vida: una mística diaria, al margen de las conclusiones intelectuales a las que hayan llegado en relación con la Realidad última, el Misterio o la Presencia como raíz última de lo que vivimos”.

La temática es muy variada: las grandes preguntas de la vida, el bien y el mal, la paz, la amistad, el amor, la justicia, la educación, la justicia y las diferencias sociales, la enfermedad y la superación de las grandes crisis que nos presenta la vida, la comunicación, el uso del dinero, el trabajo, el cine, el modo de enfrentarse a las dificultades de la vida, la culpabilidad, la secularidad, la creencia, la ética, la verdad, los grandes testimonios de vida con que nos encontramos, la corrupción, lo que nos pueden enseñar los libros... A veces se parte de experiencias y vivencias de personajes muy conocidos y otros de personas totalmente desconocidas o de la vida del propio autor. Las hay tan impresionantes como el testimonio de Vaclav Havel, en la pág. 19 y las hay muy sencillas, casi cotidianas, pero llenas también de brillo y valor... En todo caso, son páginas que comunican sin pretender dar lecciones, dejando abierto a los ojos del lector la enseñanza de vida que puede extraer o el reconocimiento de la Presencia que late en aquello que se narra. Para ello, las pregun-

tas finales de cada capítulo, que invitan a pensar en la propia realidad del lector y a invitarle a no quedarse en mero espectador.

Es un libro de una religiosidad abierta, tanto en las historias como en las citas de los autores que se van presentando al final de cada capítulo, pues tan pronto son relativas a vidas de santos, como hacen referencia al Antiguo o al Nuevo Testamento, o son tomadas de personas de religiosidad oriental, musulmana... A veces son citas de poemas, de filósofos, de canciones, tanto de autores de hace siglos como de pensadores actuales...

El conjunto de los temas que aborda refleja la personalidad del autor, no muy conocido hasta el momento actual porque sólo cuenta con otro libro en su haber. De él podemos decir, por una parte, que conoce bien el mundo de la empresa, de las relaciones internacionales y de las ONGs y, por otra, que es un enamorado de las actividades pastorales y de tiempo libre, pues con frecuencia aparecen anécdotas relativas al mundo de los scouts, y concretamente a la realidad de los campamentos.

El término *mística*, que aparece en el subtítulo de la obra, se utiliza en un sentido amplio, no ligado directamente al mundo de la religión ni a experiencias espirituales de profundidad solo apta para minorías, sino que se refiere más bien

a la búsqueda autenticidad, al desarrollo de una vida que merezca la pena, a la plenitud vital, que se puede lograr en medio de lo cotidiano cuando se vive con sentido...

El libro se lee bien, si se hace en pequeñas dosis, a sorbos pequeños.

El estilo es sencillo, claro... El único inconveniente es que son muchos ya los libros que se van escribiendo con este formato y que termina por hacerse un tanto repetitivo.

Esteban de Vega

Pablo D'ORS, *Biografía de la luz, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2021, 606 pp.*

El título de esta obra recuerda claramente el gran éxito de este autor: "Biografía del silencio". En aquella breve obra, Pablo d'Ors nos invitaba a hacer silencio, a cuidar la interioridad y la contemplación. En esta obra, muchísimo más amplia, sigue hablándonos de interioridad, de contemplación y de silencio, pero también de compromiso, misión, evangelio... Porque es una propuesta global de la vida cristiana, sirviéndose en cada uno de sus múltiples capítulos, de diferentes pasajes del evangelio. El verdadero protagonista es Jesús, que se nos presenta como un Jesús místico, un Cristo interior, no tanto como el Jesús histórico, "pero sin desfigurarlo". Es un libro que se lee con mucho gusto, porque en él la poesía, la sabiduría de vida, la espiritualidad e incluso la orientación en clave psicológica se condensan a lo largo de cada capítulo, creando una obra sumamente interesante. Ofrece pinceladas que no dejan indiferente en la descripción de la vida humana y de la experiencia

espiritual, al hilo de la reflexión sobre el mensaje de Jesús y de la invitación constante a vivirlo y hacerlo propio, como por ejemplo en esta cita:

"¿Qué es una caña? Una carcasa, un envoltorio frágil dentro del cual no hay nada, sólo vacío. ¿Y qué es el vacío? Nada sabríamos de él de no ser por esa caña tan frágil que nos permite descubrirlo. Ser caña es el único modo de sentir el vacío, de saberse vacío. De ser el vacío en el que pueda sonar la música del espíritu" (p. 72).

O este párrafo, que pertenece al capítulo que dedica al pasaje de la viuda que aporta su limosna en el templo: "Nos engañamos al pensar que cuanto más tengamos más podremos dar. Es exactamente al revés: todo lo que tienes es un obstáculo para ser lo que eres. La viuda puede darlo todo precisamente porque tiene poco. Tener no es definitivamente un buen camino para ser" (p. 362).

O, ya cerca del final, en el contexto del comentario a la resurrección, al hablar de cómo los discípulos corrían al sepulcro, para referirse a la necesidad de vivir en búsqueda, con ritmo, superando la tentación de la inercia: “La vida no puede manifestarse si no hay una gran expectativa. Si no tenemos sed, no recibiremos agua. La cuestión está en cómo mantener y acrecentar la sed, ese deseo esencial que nos define como humanos pero que vamos apagando por el ruido y la ofuscación, o acaso por el desgaste y el cansancio. ¿Por qué ya no corremos hacia nada? ¿Ya no hay nada hermoso tras lo cual correr? ¿Quién nos ha robado nuestra sed?” (p. 570).

Se nos invita en el libro a mirarnos por dentro para cambiar lo de fuera. Cada capítulo, de extensión muy variable, pero más bien breve, está dedicado a un pasaje o una persona del evangelio. En la primera parte, por ejemplo, se centra en distintos personajes del inicio del evangelio: San José, del que destaca su modo de ser y actuar, su proceso personal vivido en obediencia y libertad; la Virgen, a partir de la cual nos invita a profundizar en nuestra identidad virginal, la que posiblemente hemos olvidado; el sacerdote, que es Zacarías, capítulo en el que nos invita a superar la decepción, la mediocridad; la madre, centrado en la figura de Isabel, donde se propone la vivencia radical de la alegría que no se desvive adelan-

tando la preocupación por el mañana y se nos describe la soledad que conlleva toda iluminación, ya que esta supone necesariamente una inversión de los valores socialmente aceptados; el Niño, centrado en el pasaje en el que se dice Jesús iba creciendo en dignidad y sabiduría, y a partir del cual se nos ofrece una interesante reflexión sobre el cuerpo, insistiendo en la necesidad de cuidarlo, de no abandonarlo como una mera carcasa de lo que somos. Y así, continúa con los pastores, los magos, el profeta, los doctores... En otra parte, cada uno de los capítulos se centra en otro tipo de realidades más amplias y de hondo calado: el peligro, el viento, el camino, el mundo, la misericordia, el camino, la llamada, la felicidad... Hay una parte en la que todos los capítulos llevan por título determinados verbos, fundamentales todos ellos para la vida cristiana y la vida del Espíritu: saborear, ser, dejar, abandonar, moverse, no resistirse...

En cada uno de estos capítulos, y en todos los demás, se hace alusión a pasajes concretos del evangelio, que en la mayoría de los casos se pueden reconocer fácilmente por el título con que se inician. Y en todos ellos, además de la alusión a la narración evangélica, con una mirada contemplativa, profunda, se nos invita a ponerlos en relación con nuestra vida, porque es muy fácil establecer el contacto con nuestra propia realidad, con lo que nos pasa por dentro.

Me han parecido especialmente logrados los capítulos que dedica al desierto, a las tentaciones, a las bienaventuranzas, como propuesta de felicidad, a las condiciones del discipulado, la conversión al amor auténtico, a Marta y María, Nicodemo, la samaritana, la piscina de Betesda... Los capítulos no se ofrecen en el orden en que aparecen en el evangelio, sino en núcleos temáticos, y en ninguno de ellos se ofrecen exégesis evangélicas de tipo

especializado, aunque sí se pueden leer en algunas ocasiones comentarios a partir de determinadas etimologías que ayudan a captar con más profundidad el sentido que el autor quiso transmitir. Pero el comentario de cada uno de los capítulos es de una gran frescura, no suenan a más de lo mismo. Sin caer en la moralización fácil, consiguen no dejar nunca indiferente al lector.

Esteban de Vega

Pedro Miguel LAMET, *La noche enamorada*, Mensajero, Bilbao 2020, 558 pp.

Extensa y cuidadísima biografía de San Juan de la Cruz, en la que, con un estilo narrativo, Pedro Miguel Lamet nos presenta la compleja e interesante vida de este místico extraordinario. En el epílogo, el autor confiesa: “Ha resultado para mí el personaje más complejo, a pesar de su aparente sencillez, y más misterioso de los que he afrontado como novelista y biógrafo”. Y realmente, tras la lectura del libro, el lector reconoce que la vida y la persona del santo es no solo interesante, sino muy compleja, algo que de entrada no se sospechaba, por la aureola de sencillez y simplicidad que parece rodear su existencia.

El narrador de la novela es un comerciante segoviano, que desea conocer a fondo la vida y la figura de Juan de la Cruz, de quien la mujer de la que este comerciante está

enamorado, sin ser correspondido, parece estar espiritualmente prendada. Esta curiosidad inicial, no exenta de cierta inquina debida a los celos, le hace viajar a los distintos lugares por los que la vida del santo ha ido transcurriendo: Fontiveros, Arévalo, Medina, Salamanca, Duruelo, Alcalá de Henares, Pastrana, Ávila, Toledo, Beas, Baeza... Así, vamos conociendo sus orígenes humildes, a su madre y hermanos, los traslados que se producen en su infancia, su formación con religiosos, el inicio de su vocación carmelitana, tras dejar de lado sus inquietudes iniciales por hacerse cartujo... El encuentro entre el narrador, D. Pedro, y el santo no se produce hasta que la obra está ya muy avanzada, en la ciudad de Segovia, la patria chica a la que D. Pedro pertenece y en la que San Juan de la Cruz vivió algunos de los años más tranquilos y felices de su vida.

En paralelo a la vida de San Juan conocemos con bastante detalle algunos de los años de la vida de Santa Teresa, que sentía una profunda admiración por el místico, a quien llamaba “medio fraile” por la sencillez de su apariencia física. Pero Pedro Miguel Lamet deja claro que la admiración y el reconocimiento que la santa tenía hacia él no era tan grande como la que experimentó, por ejemplo, por el P. Gracián. Estaba claro que entre la personalidad de la santa y la del santo había pequeñas diferencias, a pesar de ser almas idénticas en lo fundamental, que era su amor y su búsqueda del Amado.

A la vez que vamos conociendo la vida del santo, nos acercamos también a la mayor parte de su obra poética, que es citada literalmente, a veces comentada con cierta amplitud, bien por Don Pedro, bien haciendo alusión a los escritos de comentario del mismo San Juan de la Cruz. De hecho, el estilo de la obra es en muchas de sus páginas claramente poético, especialmente en los finales de muchos de los capítulos. Quizá los elogios más intensos que aparecen a la figura de San Juan son debidos a su producción poética. No en vano Pedro Miguel Lamet ha querido que el narrador de la obra, D. Pedro, sea, además de acaudalado comerciante, lo cual le permite vivir sin ningún tipo de estrechez y realizar todos los viajes que desea

tras las huellas del poeta, un vocacionado amante de la poesía.

Pero esta obra impresionante es mucho más que la biografía de San Juan de la Cruz. Al hilo de la vida del santo, conocemos con amplitud toda la época en la que esta transcurre y los grandes avatares de la España del Siglo de oro, junto con sus personajes principales. Así, conocemos los acontecimientos principales del reinado de Felipe II, con la anexión de Portugal, la guerra de los Países Bajos, la armada invencible, la figura del pirata Drake...; la persona de la princesa de Éboli, de San Juan de Austria, de San Pedro de Alcántara...; los prelados y religiosos más influyentes del momento; los acontecimientos que rodean los inicios de la congregación de la Compañía de Jesús; la actuación de la Inquisición y el ambiente de credulidad y temor ante la religión que reinaba en aquel momento, junto con la pasión por las reliquias, especialmente reflejado a la muerte del santo; las terribles tensiones que se producen entre calzados y descalzos, que encuentran su expresión más clara e intensa en el encarcelamiento que San Juan de la Cruz sufre estando en Toledo, uno de los pasajes más interesantes del libro, etc.

Junto a la presentación de estos acontecimientos nos acercamos al conocimiento detenido de la cultura de la época, para la cual es im-

presionante la labor investigadora del autor: cómo era la impresión y edición de las obras literarias; el desarrollo de la vida urbana y de la vida agrícola; el desarrollo de la vida universitaria; la labor de los benefactores de la vida religiosa y la influencia que tenían en su vida interna; la cultura árabe que continuaba en España, muchas veces de modo oculto; incluso, se hace algún guiño a algún pasaje de la novela de El Quijote, que quizá guarda relación con alguno de los acontecimientos que rodean la vida y muerte de San Juan de la Cruz.

Desde que D. Pedro conoce personalmente al santo, el libro ofrece muchas anécdotas de todo tipo de la vida de San Juan de la Cruz, que recuerdan, en versión carmelitana, las florecillas franciscanas, por ser expresión del espíritu contemplativo, caritativo y sencillo de la bondad

natural de San Juan y de su amor a las criaturas y a las personas.

Merece la pena la lectura de esta obra. El gran esfuerzo que Pedro Miguel Lamet ha realizado por investigar también los complejos avatares que acompañan la vida de los carmelitas en su proceso de reforma, es impresionante. Y para el lector es sorprendente conocer las tensiones con las que esta reforma nació y se consolidó, pues no solo se refieren a la lucha entre descalzos y calzados, sino en las posteriores tensiones que siguieron manteniendo los descalzos entre sí, que afectó de modo muy directo a la vida de San Juan de la Cruz, a pesar de que el santo nunca pretendió ningún tipo de reconocimiento ni mostró ningún interés honorífico.

Esteban de Vega

Anselm GRÜN, *La confianza*, Sal Terrae, Santander 2019, 157 pp.

Entre la ingente producción de Anselm Grün encontramos grandes obras, por su tamaño y pretensión, y pequeñas obras, de una temática y extensión más sencilla. A veces tengo la impresión de que no todas ellas merecen la pena, o que son muy irregulares no sólo en extensión y en temática, sino también en calidad. No cabe duda, desde luego, que las del segundo grupo mencionado son menos ambiciosas, de un estilo más fácil y ameno, nada complicado, apto para el

gran público. Los últimos libros de Anselm Grün corresponden a este tipo, y este libro concretamente es así: sencillo, ameno, con una orientación muy práctica, pero lleno de sugerencias de tipo humano y espiritual para acrecentar la confianza en la persona, porque Grün es tanto maestro de espiritualidad como buen conocedor de la psicología humana.

Este libro se abre con una visión acerca de la realidad de las per-

sonas, necesitadas de vivir confiadamente y a la vez necesitadas de sentirse merecedoras de la confianza de los demás. Y de esta experiencia tan humana da el salto al sentimiento religioso y espiritual. De hecho, todo el libro expresa la necesidad de experimentar la confianza como un requisito para ser una persona lograda, ampliando y vinculando esta necesidad humana a la experiencia profundamente religiosa, sustentada en el sentimiento de fe, porque, sencillamente, tener fe es confiar.

Aprender a confiar en uno mismo, abrirse a la confianza en los demás, vivir siendo digno de la confianza de los otros y a la vez experimentar la confianza con total gratuidad, sin necesidad de trabajar voluntariamente los méritos para merecer la confianza... todo este contenido ocupa gran parte del libro. Puede dar la impresión de que, por lo tanto, gran parte del libro tiene una orientación propia de los libros de autoayuda; pero no es así. Anselm Grün no ofrece recetas ni promete que todo va a ir bien cumpliendo determinados requisitos. Su confianza en el ser humano viene profundamente enraizada en su confianza en Dios, que es quien garantiza la apertura del hombre a la plenitud, no por afán prometeico del hombre, sino por puro amor de Dios al hombre y por la apertura de este al amor de Dios.

Ya desde el primer capítulo se relaciona la confianza con la fe y se ofrecen los testimonios bíblicos de las personas que vivieron la confianza hasta las últimas consecuencias, no porque todo les fuera bien y salieran victoriosos de todas las contradicciones de la vida, sino precisamente porque siguieron apostando por la confianza en Dios. Estas personas son Abrahán, Moisés, María, José, Pedro y Pablo.

En el libro se nos invita a superar la preocupación desmedida, que nos conduce a la angustia, a reconocer el poder sanador de la confianza, que nos libera porque nos abre a la esperanza que nace de la fe, no de nuestras capacidades. Se nos propone superar el temor, recordándonos que en la Biblia se repite 365 la expresión “no temas”, como si hubiese una invitación concreta para cada día del año. Se nos recuerda que donde hay amor no hay temor, y que el temor no se vence queriendo controlar todo, sino precisamente viviendo la actitud contraria: el puro desasimiento, la desposesión. Es precisamente el capítulo que dedica al amor, uno de los más breves del libro, el que se me ha hecho más interesante, con referencias muy claras a tres figuras muy distintas, pero que tienen en común el sentimiento de liberación del temor por la fe y el amor: Sta. Teresa de Lisieux, Sta. Teresa de Jesús y el reformador Lutero.

En el último capítulo, sin duda el más breve, “Tener hogar y patria en la casa del alma”, Grün ofrece su propia experiencia de monje y reconoce que la confianza también

guarda relación con el silencio, la paz, la quietud y el encuentro con uno mismo.

Esteban de Vega

Josep OTÓN, *Tabor. El Dios oculto en la experiencia*, Sal Terrae, Santander 2020, 191 pp.

Se inicia la obra recordando que la modernidad traía nuevos aires de técnica, de progreso indefinido, pero también anunciaba una teórica muerte de Dios y la desaparición del hecho religioso. En occidente nos llegó la moda de lo extranjero, el mindfulness, las religiones orientales, el crecimiento de las iglesias evangélicas, las experiencias de conocimiento intuitivo, íntimo, misterioso, no siempre exentos de cierto narcisismo y del desmedido interés por experimentar. Todo esto supone un reto pastoral y eclesial. Hay grupos que se orientan hacia la contemplación y la efervescencia emocional; otros nos recuerdan que el compromiso evangélico es con los más pobres.

La experiencia nos remite a sensaciones que provienen de la realidad y llegan al individuo; o bien, a realizar algo con carácter provisional para observar los efectos y acumular conocimiento a partir de lo vivido. Se invita a abandonar la racionalidad. Desde el punto de vista cristiano hay que preguntarse qué significa la experiencia de Dios, pregunta que puede llevarnos al fondo

de la fe cristiana y a examinar su fundamento. La afirmación “hemos visto y oído”, nos invita al “gustad y ved qué bueno es el Señor”; las manifestaciones nos hablan de Él, sin que ellas lo sean. El papel de la pastoral es encontrar el equilibrio adecuado, buscar una experiencia auténtica que suscite y reafirme la fe y la haga capaz de generar vivencias que involucren a toda la persona.

El autor concede atención especial a la experiencia espiritual: interior, de lo sagrado, mística... Está vinculada a una realidad que nos desborda, Dios. Importa asumir la vida como una misión (Abrahán), como una llamada que responder desde la libertad. Las confesiones religiosas nacen de una experiencia espiritual, se vive algo intenso y profundo y se comparte. Música, arte... son mediaciones culturales abiertas a experimentar un sentido más profundo. La religión aspira a conmover los corazones; su vocación es llegar a las profundidades de la persona. Puede ser origen de fundamentalismo, de violencia, cuando se inmanentiza la trascendencia.

La experiencia de lo trascendente es interior: presencia de una realidad que rebasa los límites de la propia individualidad. Hay quien la define como fenómenos neurológicos, o experiencias oceánicas (Freud), pero puede tratarse de una manifestación de Dios que trasciende la realidad y que habita en lo profundo de la persona. En la experiencia de Pablo hay elementos fuera de lo común, un pensamiento muy organizado y coherente que no rehúye la luz de la razón.

El autor hace varias alusiones a Simone Weil y a sus experiencias en Portugal, Asís y Solesmes, que contribuyeron a su conversión. La experiencia humana insinúa una dimensión trascendente llena de sentido; la naturaleza se transforma en hierofanía, manifestación de lo sagrado. La revelación puede ser interpretada en función de las coordenadas culturales; siempre hay un mensaje escondido como reclamo que nos pide escuchar, estudiar, contemplar, meditar... y descubrir que la relación actúa en nuestro interior y lo transforma.

La modernidad da oportunidad de liberar el mensaje cristiano de concepciones mágicas, aunque renacen supersticiones que parecían superadas. Toda la ciencia reconoce la existencia de un orden y en un primer momento renunció a la existencia de Dios; se rechaza un orden que constriñe la libertad del

individuo y, aunque rechaza a Dios, reivindica la experiencia espiritual como derecho del individuo. Para S. Weil, la encarnación de Dios en el mundo tiene una marca que es la belleza. Las experiencias cotidianas pueden ser fuente de revelación. Jeremías contempla el almendro, el trabajo del alfarero; Amós la canasta de fruta madura. Los acontecimientos son “la vibración de la misma palabra divina, infinitamente dulce”. El contacto con Dios se produce en la normalidad de la vida: en el brocal de un pozo, en una cena, durante un paseo. La fe aporta una hermenéutica; los significantes del mundo nos invitan a descubrir el significado trascendente. La ciencia estudia el orden del universo; la estética capta su belleza; la religión revela su sentido.

En el capítulo “Tabor”, el autor nos coloca ante la posibilidad de experiencias extraordinarias de Dios, que no eclipsan aspectos fundamentales de la vida espiritual –el esfuerzo personal, la integración en un contexto comunitario, las nuevas sensaciones...- Tabor nos acerca a la experiencia mística. Pedro dice “haber contemplado su grandeza con nuestros propios ojos” (2Pe 1,16-18). Rahner afirma que el único centro del cristianismo y de su mensaje es la real autocomunicación de Dios a la criatura; encuentro que se produce por iniciativa de Dios; se necesita la respuesta del ser humano. En Tabor se relacionan Ley, Profetismo

y Evangelio en una relación fecunda. “Estamos bien aquí, hagamos tres tiendas”, es el deseo humano de controlar la vida espiritual, de expresar la experiencia inefable por medio de palabras. Moisés entró en la oscuridad de la nube y recibió la revelación; la idea de la “nube del no saber” se repite en la vida de la Iglesia: los gestos, las palabras, la música, los símbolos... escenifican la experiencia original. Todas las manifestaciones pueden ir perdiendo su significado, por eso hay que regresar a la experiencia inicial y descubrir nuevas vías desde las que sea posible divisar lo trascendente. En el Tabor no hay mensaje evidente, hay que esforzarse para subir a la montaña, pero no basta; hay que reflexionar sobre la experiencia vivida. No culmina el ministerio de Jesús, queda todavía mucho trecho por recorrer; las experiencias pastorales no son la panacea pastoral, reclaman seguimiento.

Hoy se buscan momentos de efervescencia religiosa, movimientos de masas, con un eco especial en las

dimensiones corporal, emocional y comunitaria, que pueden ayudar a crecer. Hay que esperar que el Dios escondido pueda hacerse presente. Hay textos que nos hablan del Dios ausente o escondido, así ocurre en Job; Nietzsche también lamenta la pérdida de Dios: “Nosotros le dimos muerte”, y D. Miguel de Unamuno habla de la desesperación de no encontrarlo. La noche, el desierto, forman parte de la experiencia espiritual; Dios parece ocultarse, pero en realidad es el ser humano quien se esconde de Dios, o no llega a la comprensión del mismo; pero se ha encarnado en Jesucristo y se nos hace cercano. Hay que tener presente la cercanía del Espíritu y su misión de intervenir en la Historia; él es el maestro interior que ayuda a discernir, a sostener la comunidad, infunde el amor, acompaña en el momento de dolor, da sentido a gestos y símbolos, ilumina la inteligencia, revela a un Dios vivo, Padre tierno y amoroso.

José M^a Martínez

ÉTICA Y MORAL

Benny DEMBITZER, *El hambre del vecino. África arde, el Norte observa*, Siddharth Mehta, Madrid 2019, 367 págs.

Exhaustivo análisis de la pobreza y la injusticia, centrado fundamentalmente en la realidad de África,

tal y como se señala en el subtítulo de la obra, continente que Benny Dembitzer conoce muy bien. Él mismo afirma “el libro abarca expe-

riencias que he vivido, algunas de las cuales me han atraído, me han repelido, me han hecho vomitar y me han vuelto loco, pero también me han hecho llorar de alegría". Este reconocimiento tan personal del autor se transparenta a lo largo de la extensa obra, porque está escrita con conocimiento de causa y con la pasión de quien se ve comprometido en aquello que expresa.

Esta obra va exponiendo las grandes y pequeñas contradicciones que el sistema global encierra, a veces cometidas con ingenuidad, otras con buena voluntad y otras con aviesas intenciones por parte de los países más ricos. El gran problema que aborda desde la introducción no es que no se hagan cosas, sino que no se abordan los problemas de fondo que causan la pobreza. De esta forma, se está viviendo una especie de autoengaño con el resultado de que África siga siendo un continente eminentemente pobre, hasta el extremo de sufrir el hambre. Contradicciones a veces tan llamativas como por ejemplo que Europa atraiga más médicos y enfermeras de África que los que pueden retener para sí mismas las naciones africanas. O el hecho de que haya más médicos nigerianos en Estados Unidos que en Nigeria.

El libro es denso e intenso. Benny Dembitzer ofrece mucha información, frecuentemente con cifras y porcentajes, y abarca todos los

campos que tienen que ver con la situación de desigualdad reinante. Pero hay uno al que privilegia y al que vuelve una y otra vez: la agricultura, que en África es el mayor problema y la causa fundamental del hambre.

El libro está estructurado en cuatro grandes partes, que divide a su vez en capítulos. Y dentro de cada capítulo aparecen muchos subtítulos a modo de epígrafes, que favorecen la lectura de la obra. De las cuatro partes, se me ha hecho especialmente interesante la tercera, en la que presenta los errores de comprensión de la realidad mundial, como por ejemplo pensar que es posible trasladar el mismo sistema económico a todos los países del mundo, sea cual sea su situación; o creer que el concepto estado-nación vale igual en todas partes; o pensar que las fuerzas económicas pueden superar las dinámicas sociales internas...

Enumerar todos los temas que aborda sería demasiado largo, pero presento un inicio de temas, para ofrecer una idea de lo que en esta amplia obra aparece: la situación de la agricultura, el cambio climático, la intervención de los países ricos en los conflictos bélicos, que siempre resulta determinante, pero que no consigue la paz, el crecimiento de las grandes ciudades, con la problemática de paro, inseguridad, hacinamiento y chabolismo, el incremento

demográfico, el cambio del sistema mundial con el crecimiento económico de China, algunas intervenciones de los políticos más influyentes de los últimos años, con nombre propio, las importaciones y exportaciones, las organizaciones intergubernamentales, el papel de las mujeres, la capacidad de hacer de la ayuda un negocio, el análisis de los grandes sistemas económicos y las consecuencias que van generando...

El capítulo 14, el último, titulado “Una agenda para el cambio”, es el más propositivo. En él se aborda el papel fundamental que deben jugar los grupos de apoyo, cómo las agencias deben recordar su razón de ser, la clarificación de su papel en el entorno del desarrollo, que debe plantearse de forma holística, la necesidad de proporcionar educación para todos, etc.

Esteban de Vega

FILOSOFÍA

Byung-Chul HAN, *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*, Herder, Barcelona 2021 (11ª impresión), 163 pp.

Esta obra fue publicada en español en 2015, pero en 2021 ha sido impresa por 11ª vez. Es, quizá, una de las obras más complejas de este prolífico escritor, porque realiza en ella un profundo análisis, especialmente difícil en alguna de sus páginas, sobre la concepción del tiempo en el momento actual. Se entrecruzan en el libro profundas reflexiones sobre el tiempo, el trabajo, la aceleración vital, a partir del pensamiento de filósofos modernos, con el análisis de la realidad que observamos en el campo de la información, la comunicación, la informática, la digitalización creciente... Son varios los filósofos o escritores a los que Byung-Chul Han hace referencia, pero destacan especialmente Nietzsche, Heidegger, Marcel Proust y

Hanna Arendt. El subtítulo de la obra es clarificador respecto a la orientación del libro, porque realmente Byung-Chul Han propone como filosofía de vida, en medio de tantas prisas y activismo, “el arte de demorarse”.

El tiempo, según el autor, vive la disincronía: nos encontramos en medio de instantes fugaces, sin hilazón, donde todo parece lo mismo y a la vez donde todo es efímero. De una situación así no puede surgir identidad, sino un estilo de vida y un horizonte de miras que no puede ir más allá de la mera preocupación por la salud y por el cuidado del cuerpo, que lo llena todo. No es que la solución tenga que pasar por la teología o la teleología; pero, ine-

vitablemente, se necesita una revitalización de la vida contemplativa.

Vivimos con la sensación de que el tiempo pasa mucho más rápido que antes. A pesar de lo que se dice, Byung-Chul Han no considera que realmente el tiempo se esté acelerando. Eso ocurriría si tuviéramos una meta o un objetivo cierto; pero esto no está tan claro; lo que sí reconoce es que vivimos más dispersos, enredados en muchas cosas que nos impiden poder experimentar algún tipo de duración; por eso tenemos la impresión de vivir acelerados. No hay nada que rijan el tiempo. La vida ya no se enmarca en una estructura ordenada que nos ancle y nos permita algún tipo de sujeción o sostén: se han roto los diques que regulan, articulan o dan ritmo al flujo del tiempo, y no existen coordenadas que generen una duración y nos permitan vivir con la conciencia de sentido. Vivimos de tal manera que nos identificamos con la fugacidad y lo efímero, tanto que al final nosotros mismos nos concebimos como algo radicalmente pasajero, porque la atomización de la vida supone una atomización de la identidad. Nos encerramos en nuestro pequeño cuerpo, que intentamos mantener *sano* por todos los medios, porque, de lo contrario, nos quedaríamos sin nada. La salud de su frágil cuerpo sustituye al mundo y a Dios. Dios al menos servía como “estabilizador del tiempo” (p. 16); pero tras su muerte, siguiendo

a Nietzsche, no queda agarradero posible para la estabilización. El heredero y la meta, que para Nietzsche eran imprescindibles para que se pudiera producir la muerte en un momento adecuado, no existen para el ser humano actual.

En medio de esta situación, vivimos una absolutización de la vida activa, sometidos al imperativo del trabajo que degrada a la persona a *animal laborans*. Nos sentimos incapaces de perder el tiempo, tal y como ya adelantaba Heidegger. No es que nos falte tiempo: es que falta identidad, anclaje. La persona auténtica, que escapa del anonimato y la despersonalización del “se”, siempre tiene tiempo, porque él mismo es tiempo. “No pierde tiempo porque no se pierde”. La falta de tiempo es un síntoma de la existencia impropia.

El título del libro habla de “aroma”, y la referencia al olor, al olfato, a los aromas, es constante, desde distintos acercamientos. El aroma es aquello propio del tiempo que se vive como continuidad, con promesa de futuro, que hace que el presente no se reduzca a picos de actualidad. Por el contrario, el presente en el mundo actual ya no dura, se nos escapa y se vuelve viejo en cuanto pasa el instante. Marcel Proust es muy referencial en este contexto, especialmente por su obra “En busca del tiempo perdido” y la celebra experiencia del aroma y el sabor

de la magdalena mojada en el té de tilo. Proust intenta dar continuidad al tiempo, posibilidad de demora, de contemplación, como propiedad propia del tiempo que tiene historia, del tiempo narrativo. Porque “la narración da aroma al tiempo” (p. 39). O también se refiere al aroma al jugar con la imagen de los relojes de incienso de China, que asociaban la continuidad del tiempo al aroma que desprendía el incienso.

Por el contrario, hoy desaparece el aroma del camino, porque el camino ya no tiene sentido, puesto que solo importa la meta. En este sentido, Byung-Chul Han es muy crítico con el mundo posmoderno. En la modernidad existía narración porque existía fe en el futuro, en un futuro que prometía progreso al que queríamos llegar. Por eso se producía la lógica aceleración, propia de la modernidad y existía una teleología natural; pero hoy no hay teleología, lo cual no quiere decir que no haya movimiento; más bien, lo que existe es un no saber parar, porque nos encontramos presos de

la prisa, del ajeteo, de la inquietud, inmersos en un continuo *zapping* sin sentido. Aparentemente somos más libres que nunca; pero la libertad es solo un simulacro, porque requiere sentido, vinculación a algo; y hoy eso no existe. No hemos aumentado en libertad sino en desorientación, o en “atolondramiento” (p. 56). Por tanto, no hay aceleración, y esta es una de las tesis más insistentes del libro, sino falta de experiencia de duración. No es el número de vivencias el que hace que una vida sea plena; pero hoy, a lo más que llegamos, es a acumular experiencias.

A medida que el libro avanza, cada vez aparecen más referencias a la vida contemplativa, especialmente de la mano de Aristóteles y Hanna Arendt. En gran parte, solo la recuperación de esta capacidad contemplativa, tan difícil en un tiempo tan fragmentado como el que vivimos, puede ser la que nos permita ser y vivir de otro modo.

Esteban de Vega

Ricardo ESPINOZA LOLAS - Jorge Eduardo FERNÁNDEZ - Alberto TOSCANO (Eds.), *Hegel hoy*, Herder, Barcelona 2020, 415 pp.

Emprender la lectura de esta obra supone estar convencido de que se desea dedicar un tiempo muy amplio al estudio detenido de Hegel. Todos los artículos que configuran este libro son de expertos conocedores de su filosofía, tanto de su

pensamiento en general como de los aspectos más específicos, por eso esta amplia obra supone un acercamiento riguroso, no solo a la filosofía original de Hegel, sino a su pervivencia actual, a las relaciones con otros filósofos, a las in-

interpretaciones contradictorias que se han realizado de su pensamiento por parte de otros pensadores, casi desde la misma época en la que Hegel impartía sus lecciones y redactaba sus obras.

Los distintos filósofos que escriben sobre Hegel reconocen insistentemente que este filósofo sigue muy presente en nuestra época, aunque reconocen con frecuencia que su pervivencia muchas veces es desde interpretaciones que Hegel no reconocería como acertadas. Aunque, dada la larga historia de confrontaciones entre sus distintos discípulos, cuesta saber hasta qué punto quienes escriben hoy no se dejan llevar también por intereses interpretativos, intentando llevar la figura de Hegel a su propio pensamiento. Esta dificultad para poder interpretarlo correctamente se observa especialmente en el pensamiento de Hegel respecto a la política, y concretamente respecto a la revolución. Para muchos, el pensamiento de Hegel es profundamente conservador, mientras que otros encuentran en él el germen del pensamiento político más revolucionario.

La pervivencia de Hegel, además, se extiende a la globalidad del mundo, tal y como se deja claro en la introducción del libro (“Un nuevo inicio para Hegel”), por eso los autores que escriben los distintos capítulos son profesores y estudiosos pertenecientes a un variadísimo número

de universidades y centros de estudio, de multitud de países.

La lectura de la obra no es fácil. Muchos capítulos requieren, para su comprensión, un conocimiento previo de la filosofía de Hegel o del estudio posterior que se ha hecho sobre él. Los conceptos muchas veces aparecen en alemán, y hay citas en esta lengua; se citan con frecuencia los escritos de Hegel, la evolución de su pensamiento, dependiendo de los distintos momentos de su vida o de sus diversos escritos... Los artículos que me han parecido más interesantes han sido el de Zizek, un filósofo de gran actualidad (*Hegel con Beckett, la persistencia de la abstracción*), de Miguel Giusti (*El persistente ingenio filosófico de la dialéctica*) y especialmente el de Ricardo Espinoza Lolas (*Del Yo al NosOtros desde Hegel*). Pero también estos artículos son muy difíciles, y es que posiblemente no pueda ser de otro modo, ya que quienes más le han estudiado se ven obligados a reconocer que nunca se acaba de comprender del todo el pensamiento de Hegel.

A lo largo de todos los capítulos se abordan los grandes temas de la filosofía hegeliana: el idealismo, la abstracción, la negatividad, la dialéctica, el espíritu, la política, la ética y la eticidad, la lógica, la estética, la metafísica, la normatividad, el alma, lo objetivo y lo subjetivo, el Yo y el Nosotros, el

dominio, la servidumbre, la legalidad, la libertad...

Aunque es en la última parte del libro donde se habla de *Hegel y sus Otros*, y en cada uno de los capítulos se le relaciona con otros autores (consigo mismo, en la evolución de su pensamiento, con Vico, con Heidegger, con Goethe, con Bataille... lo cierto es que a lo largo del libro

se le va poniendo en conexión con muchos otros pensadores, anteriores o posteriores a Hegel: Kant, Holderlin, Marx, Lenin, Walter Benjamin, Sartre...

Del rigor de la obra da buena cuenta la extensa biografía que se presenta al final de cada uno de los capítulos.

Esteban de Vega

Byung Chul HAN, *La desaparición de los rituales*, Herder, Barcelona 2020, 120 pp.

Una obra breve, densa, como las que acostumbra escribir Byung Chul Han, en la que de nuevo analiza con ojo crítico la realidad y pone palabras a un sentimiento de profunda inquietud por vivir un presente en el que descubre sus patologías y en el que la comunidad se encuentra profundamente erosionada. Una idea que repite en esta obra es precisamente que nos encontramos en un momento en el que abunda la comunicación, pero en el que no hay comunidad. Esto provoca que no existan resonancias heterogéneas, sino mero eco del yo, siempre volcado en uno mismo, como el del “me gusta” del twitter narcisista. Esto es grave, porque hemos perdido aquellas imágenes y metáforas generadores de sentido y fundadoras de la comunidad y nos hemos sumergido en una realidad en la que la desaparición de los rituales nos hace más narcisistas. El ritual nos llevaba a olvidarnos

de nosotros mismos, a escapar del subjetivismo y a darle valor a lo comunitario, un valor que era objetivo, que no dependía ni de la visión de cada uno ni de las diferencias de los días. Los rituales descentran del yo, “exoneran al yo de la carga de sí mismo”. Son expresión de la comunidad y generan comunidad, evitando la depresión del hombre que se busca compulsivamente a sí mismo, que “se mata a optimizarse”, que vive en “una referencia hiperbólica a sí mismo” (p. 27).

En el conjunto de la obra de Byung Chul Han, este libro es como una tesela más, muy elaborada, en el mosaico de análisis profundamente críticos sobre aspectos que afectan a la vida de las personas y de las sociedades, configurando un mundo en el que se expulsa lo diferente, lo que supone cierta negatividad, llevando al ser humano al límite de la productividad, el consumo, la obli-

gación y la dependencia de la novedad... Se le impone al ser humano la obligación de ser feliz, ocasionándole así la depresión.

En este libro, concretamente, este análisis se realiza a partir del significado de la pérdida de los rituales, entendidos tanto de forma literal como de forma metafórica. El ritual le permite al ser humano instalarse en un hogar, “estar en casa”. Suponen para el tiempo lo que la vivencia es para el espacio. El análisis del tiempo es una constante en sus libros, y ya en otras obras ha hablado del amorfismo del tiempo, carente de todo almacén que lo estructure y lo llene de sentido. El ritual tiene la facultad de anclarnos en el tiempo, jalona la sucesión de momentos, marcando diferencias sustanciales, ayudando a descubrir el sentido. Pero, eliminados los rituales, perdemos esta virtualidad y nos sentimos más vacíos. Perdemos, incluso, la capacidad de vivir el cierre, sometidos a la imposición de la productividad, que nos obliga a estar en un constante quehacer, sin permitirnos alcanzar metas ni gozarnos de la satisfacción por lo ya conseguido. Profundiza así en las ideas que ya iniciaba en *La sociedad del cansancio*.

La desaparición de los rituales es otra de las consecuencias de la globalización, que impide la diferencia, lo particular, que impone la igualdad en su versión más desubi-

cadora y expulsora de sentido, de lo foráneo, de lo heterogéneo.

A pesar del tono tan denso, de ser un pensamiento filosófico realmente intenso, el estilo de Byung Chul Han aúna el rigor y la belleza, en expresiones que condensan una intensidad significativa muy peculiar, ya habituales en sus libros. Con pocas palabras expresa mucho: “narcisismo colectivo”, “infarto del sistema”, “presión optimizadora”, “explotación de sí mismo”, “identidad incluyente”, “apatridia hiper-cultural”, “infierno de lo igual”, “positividad impuesta”, “fundamentalismo del lugar”, “proliferación carcinomatosa de lo igual...”. A estas expresiones breves, de tanta carga descriptiva, podríamos añadir muchísimas más amplias, dignas cada una de ellas del trabajo de una tesis. Cito solamente algunas expresiones referidas al culto a la autenticidad, que para Byung Chul Han es, paradójicamente, un claro intento de figuración: “La sociedad de la autenticidad es una sociedad de la representación” (p. 29), “El culto a la autenticidad es un signo inconfundible de decadencia de lo social” (p. 31), “Cada uno lleva consigo un espacio privado a todas partes” (34). “La presión por ser auténtico hace que todo sea subjetivo” (36). [En el momento actual] la sagrada seriedad del juego deja paso a la profana seriedad del trabajo” (37). “El nosotros se desintegra hoy en egos, que se explotan volunta-

riamente como empresarios de sí mismos” (42).

A pesar de todo, ha habido dos capítulos que me han resultado de un interés menor, quizá porque su temática me ha parecido más superflua en el conjunto de un libro ya de por sí breve, o quizá porque la argumentación que utiliza llega un momento en el que me parece que cruza límites con los que ya

no estoy de acuerdo. Me refiero a los capítulos que titula “Imperio de los signos” y “Del duelo a la guerra de drones”. En estos capítulos da la impresión de que se deja llevar por la tentación de pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor, lo cual me parece excesivo, incluso por los mismos ejemplos que pone.

Esteban de Vega

Francesc TORRALBA – Joan GARCÍA DEL MURO – Carlos M. RUIZ, *Verdad, posverdad y fake news*, Editorial Milenio, Lleida 2020, 93 pp.

Esta obra recoge las ponencias del Seminario de la Cátedra de Pensamiento Cristiano de Sant Julià Lòria, en el Principado de Andorra, sobre *fake news*, verdad y posverdad. Se ofrece en ella, por tanto, el trabajo de distintos autores: el Proemio de Monseñor Joan-Enric Vives i Sicília, Arzobispo de Urgell, el Prólogo de Francesc Torralba, que es el Director de la Cátedra, la charla de Carles Ruiz, titulada *Es señor de los dígitos: internauta, poder simbólico y responsabilidad en el ciberespacio*, la de Joan García del Muro, *¿Qué entendemos por posverdad?*, y la de Francesc Torralba, *El compromiso con la verdad. Discernimiento cristiano*.

Cada uno de los artículos es independiente de los otros y se entiende perfectamente por separado, aunque giran en torno a temas muy relacionados entre sí. El primero,

el de Carles Ruiz, es el que se aproxima de un modo más directo al mundo de la tecnología, para hacernos conscientes de que esta está afectando profundamente nuestra vida, y no siempre para bien; por eso expresa una viva preocupación por el mundo educativo y los efectos que en él provoca la tecnología. Respalda su pensamiento con alusiones muy frecuentes a psicólogos, antropólogos, filósofos y sociólogos. Equilibra muy bien la teoría y la práctica, es decir, el pensamiento respecto a lo que pueda ocurrir en el futuro y el ejemplo de lo que ya podemos observar, porque ya está ocurriendo.

El segundo artículo es más filosófico que el anterior, pero con la peculiaridad de que Joan García Miró escribe muy claro, para dar a conocer qué entendemos por posverdad,

cómo hemos llegado a ella y, sobre todo, qué consecuencias trae consigo, de tipo social y moral. Una de estas consecuencias, sorprendente, es que llega un momento en el que acogemos con gusto algo que no es verdad, y que lo preferimos antes de reconocer sencillamente que desconocemos la verdad, que no tenemos explicación. El fenómeno que más destaca en este segundo artículo es el de la conciencia tribal de la verdad, es decir, actuar de acuerdo al modo en que actúan los que forman parte de mi grupo, con los que comparto mi modo de ver la vida, mi forma de pensar... Nos permite descubrir con asombro que, pese a lo que normalmente pensamos, somos víctimas de nuestra tendencia a la credibilidad, que mostramos ante el cine, la literatura, la publicidad, el *pressing catch...* y la política.

Finalmente, el último artículo, el de Francesc Torralba, nos invita a deconstruir nuestros prejuicios para acercarnos al compromiso con la verdad y a un pensamiento cristia-

no. Es un alegato contra la cultura de la apariencia, para promover la libertad que supone no dejarse condicionar ni depender de la mirada del otro. Sus referencias más frecuentes son Camus, Nietzsche, Holderlin, Beaudrillard..., autores de quienes ofrece sabrosas citas, a la vez que propone varias imágenes que representan el pensamiento que supera todo prejuicio y tentación de apariencia y de falsedad: el niño, el loco, el anciano... Cada una de estas referencias representa una sabiduría diferente, libre, que no se vende a nada.

A pesar de ser una obra tan breve, ofrece gran número de conceptos en los que merece la pena profundizar: *no lugar, esfera pública, sobrecarga informática, economía de la atención, discurso del odio, colapso de la confianza, suspensión voluntaria de la incredulidad, tribalismo epistemológico, cultura de la apariencia...*

Esteban de Vega

Josep María ESQUIROL, *Humano, más humano. Una antropología de la herida infinita*, Acantilado, Barcelona 2021, 173 pp.

Presentar el libro de Josep María Esquirol es relativamente fácil, ya que él mismo nos dice en las primeras páginas lo que persigue con él. Si bien su lenguaje tan cercano a la poesía, el símbolo y la metáfora puede dificultar la comprensión; pero es cierto que solo de forma aparente.

Más bien, su modo de escribir otorga una profundidad y un sentido a las ideas que comunica que hacen de esta obra una lectura en la que merece la pena adentrarse con determinación. En este libro, concretamente, se refiere frecuentemente a la *filosofía de la proximidad*, y con

ella procura pensar la radicalidad de lo humano y elaborar, dicho en términos más académicos, una *antropología filosófica*, cuyos principales conceptos serían *alguien, intemperie, repliegue del sentir y herida infinita, curvatura poética, reencuentro...* En realidad, este libro es una prolongación inevitable de su exitosa obra “La resistencia íntima”, en la que decía: “La filosofía de la proximidad es también una respuesta al nihilismo, pero bastante diferente de la nietzscheana. Pretende resistir al nihilismo acercándose a la finitud” (*La resistencia infinita, Ensayo de la filosofía de la proximidad*, Acantilado, Barcelona 2018, p. 26). En ese libro, la voluntad de poder nietzscheana venía superada por conceptos como *resistencia, proximidad, memoria...* Es fácil seguir descubriendo la orientación de aquella obra en esta que aquí presento, *Humano, más humano*, en la que sigue confrontando a Nietzsche, a quien el hombre, y el Dios cristiano también, le parecían *demasiado humanos*. Y ya de entrada, merece destacar el valor de Josep María al escribir en un momento en el que los dictados de Nietzsche parecen contar con el beneplácito de las masas y la filosofía más en boga es precisamente la filosofía nihilista.

En este libro no aparece una filosofía sistemática, con ideas bien definidas y estructuradas. Más bien, Esquirol comunica a raudales, pero ordenadamente, un hondo sentir

sobre lo que es el hombre. Late una nostalgia de más, de infinito, donde late el sufrimiento infinito con el que el ser humano convive, sin dolorismos, con belleza y con un realismo total, pues todo lo aterriza en lo concreto de la vida. Por eso dice en las primeras páginas: “La profundidad de lo humano [...] reside en el sufrimiento: por todo y por todos, y cuando más vivamente vibra no es por el eterno retorno, sino por el *reencuentro*” (8). Corrige a Nietzsche, sí, y afirma: “Ojalá el humano fuera todavía más humano!”. Y en esa afirmación desearía liberar al ser humano de su temor a reconocer y valorar su fragilidad, algo que Nietzsche desdeña. Y también se enfrenta al transhumanismo y sus “golosas promesas” de ir más allá de lo humano.

Por eso, se queja y muestra su perplejidad ante el afán del hombre moderno de cantar tanto al progreso y sin embargo dejar tantas víctimas en las cunetas. Porque por *filosofía de la proximidad* entiende la que vincula, la que es sencilla y no teme repetir, porque no busca novedades. Por eso presenta esta filosofía como “descendiente de Sócrates y postulante franciscana” (p. 18).

Insiste en el valor de la compañía, de la atención, del cuidado del nombre de la persona, que es como el cuidado concreto de cada persona, porque “amar es el principal infinitivo de la vida”.

Por sus páginas desfilan muchos de los filósofos, a veces los clásicos, y a veces filósofos más contemporáneos: Kant, Agamben, Rosenzweig, Heidegger, Sartre, Bergson, Derrida, Cioran, Deleuze, Walter Benjamin, Bloch, Hannah Arendt, Paul Ricoeur... Y también mucha poesía, pasando por Miguel Hernández, Lorca, Claudio Rodríguez, Antonio Machado...

En este libro, el autor no solo se opone al eterno retorno del sentido de Nietzsche, sino también al sentido del absurdo existencial de Sartre, a su limitada comprensión de la contingencia de la vida. Contrapone a esta visión limitadora de la existencia una mirada capaz de acoger “lo increíble” que la vida pone ante nuestros ojos, una mirada amable respecto a las cosas. Que estemos abocados a la herida infinita y a la vulnerabilidad, y que incluso sea cierto lo que dice Stig Dugerman –“la necesidad de consuelo que tiene el ser humano es insaciable” – no invalida la capacidad reparadora de los encuentros. Esta necesidad nos hace médicos, cuidadores, porque la herida es hospitalaria, acoge, crea mundos mejores. Nos abre a otro modo de vivir y de ser, que nos ha revelado la filosofía dialógica, que nos permite descubrir que “sin tú no habría yo” (p. 104), que “lo más presente es el tú” (p. 105), que “tengo mundo gracias a otro” (p. 105).

Confiesa Esquirol a lo largo del libro su admiración por Simone Weil y por Etty Hillesum, dos mujeres extraordinarias, y por Francisco de Asís, especialmente por su mansedumbre, que define como “un coraje sin dureza ni violencia” (p. 123). Y esta es la característica fundamental que ve en el Dios cristiano, especialmente manifestada en Jesús, de quien destaca “la bajeza y la humildad hechas divinas. Lo más divino revelado en lo más humano” (p. 122).

Este es un libro escrito más para recrearse en él, para gozar de las imágenes, de su simbología (azul, cielo, nacer, herida, curva, noche y día, abrazo, piel...) que para ser razonado. Muchas de las páginas, más que para ser comprendidas en todo su sentido lógico-racional, son para ser saboreadas con todos los sentidos por su belleza, su apertura de significado, su calado en la experiencia vivida y en la que está por vivir... para sentirnos en comunión con el resto de los seres humanos. Porque descubre experiencias primordiales de las que todos tenemos referencias, aunque posiblemente con tonos muy distintos.

La vida, dice Esquirol, tiene noches y días, y ambos son necesarios. No debemos quedarnos aisladamente en lo que significa cada uno de estos dos polos, sino que hemos de vivir su complementariedad, para ser así caminantes en la cotidianidad,

haciendo del camino casa, hogar. Cada elemento tiene en sí mismo aspectos que merece la pena vivir en toda su intensidad: la noche, reparación y oscuridad; y el día, tensión y claridad.

Sea cual sea la causa de la herida que nos amenace, tenemos motivos para afrontarla, ya sea provocada por la vida, el tú, el mundo... En todos ellos, cabe la esperanza y la certeza del reencuentro. Pero ¿y la herida de la muerte? Incluso la herida de la muerte, aunque sea la más desgarradora. Ahí, nos dice: “Esperar a pesar de todo. En el fondo de la mochila, está la última bolsa de víveres, con dos panecillos

más. Son los panecillos destinados a alimentar la esperanza, es decir, la infirmez del reencuentro increíble” (p. 162). Esta es una de las reflexiones más impresionantes del libro. Porque la profundidad de nuestra herida, de lo que somos, una profundidad que la superficialidad consumista y el materialismo ramplón se empeñan en achicar, nos sigue abriendo a lo que pueda venir. Y, sobre todo, el hecho de sentir “que existe una desproporción entre venir a la vida y estar destinado a morir. El misterio del venir a la vida -de la vida- es aún más increíble que el de la muerte” (p. 164).

Esteban de Vega

Romano GUARDINI, *Las etapas de la vida*, Ediciones Palabra, Madrid 2022 (9ª), 155 pp.

Recensiono una obra que ha sido reeditada por novena vez en 2022, pero que tiene su origen en 1953. Un libro, por tanto, de muchas décadas. Pero sigue siendo una obra de gran actualidad y el hecho de poder contar con una nueva edición justifica esta reseña. Es cierto que hay páginas en las que las alusiones que se hacen a determinados acontecimientos históricos o a manifestaciones culturales concretas nos dan idea de que el libro se escribió en contextos diferentes: la alusión, unas cuantas veces, al fenómeno “reciente” del nacionalsocialismo, o la afirmación de que el problema más grande de la persona no es el individualismo, sino el colectivis-

mo, dan buena prueba de que hay realidades que corresponden claramente a otra época. Se aprecia en algún momento, incluso, la vigencia y actualidad, en el momento en que escribió el libro, de la filosofía dominante de Heidegger, cuando afirma que el mayor peligro para la persona que se está formando es el “se” impersonal, que intenta perderse en el anonimato de la masa.

Sin embargo, en su conjunto, los análisis y las afirmaciones del libro siguen gozando de total vigencia y actualidad. Y en algunos casos se ven hoy incluso con más crudeza que en la época en la que se escribió el libro, como por ejemplo cuan-

do afirma que culturalmente todo tiende a arrinconar a las personas de edad y centrarse en la etapa de la juventud como la única que merece la pena tener en cuenta, el paradigma a la que las demás etapas deben pretender e imitar.

La introducción que realiza el filósofo López Quintás ayuda a tener una visión global de lo que ofrecerá esta breve obra, y a prestar mucha atención al aspecto experiencial desde el que está escrita. La afirmación que el filósofo español realiza (“Cada fase de la vida aparece como la posibilidad de realizar de un modo peculiar el sentido nuclear de la existencia”) pone el acento en uno de los hilos conductores de todo el desarrollo del libro, al afirmar de distintos modos que la persona mantiene la unidad y la consistencia en las distintas etapas de la vida. Esta unidad es la propia de un camino, que se mantiene único, pero en el que hay distintas etapas y diferentes ritmos. “El crecimiento es un camino, un devenir, y a este respecto tengo que remitir de nuevo a la frase de Goethe según la cual se camina no sólo para llegar, sino también para vivir en el caminar” (p. 53). En la introducción López Quintas nos ofrece también unos apuntes biográficos del teólogo de gran valor.

En el libro se van presentando, de un modo necesariamente muy sintético, las fases de la vida y de las crisis que se producen entre ellas:

“Vida en el seno materno, nacimiento, infancia, pubertad, juventud, experiencia de la realidad, mayoría de edad, percatarse de los límites, madurez, experiencia del final, vejez y sabiduría, entrada en la ancianidad y senilidad” (p. 121). Y todo ello, reconoce, a partir de la mirada del varón. La honestidad le lleva a realizar esta precisión, ya cerca del final de la obra, pues reconoce que, más que conocimientos, en este trabajo ha comunicado experiencia, y no se encuentra autorizado para dar la visión propia de la mujer. Precisamente, en favor de los derechos de la mujer, se niega a considerar que pueda existir una igualdad ramploña entre el hombre y la mujer. Esta honestidad se aprecia también en la sinceridad con la que reconoce la inseguridad e incertidumbre de algunos de los enfoques que ofrece, o en el modo en que apela a la propia experiencia del lector, si es que es adulto y ha vivido las fases a las que se va refiriendo.

Como ya he dicho, la obra da una visión muy sintética de las etapas y de las crisis intermedias. Sorprende, sin embargo, que se pueda decir tanto, con tanta densidad y profundidad, en un libro tan breve. Aunque también creo importante reconocer que en algunas ocasiones las ideas tienden a ser tan globales e incluso difusas que cuesta entender lo que quiere decir realmente; por ejemplo, cuando se refiere al despertar del instinto sexual en el

niño, aunque reconoce que ese instinto está presente desde el principio, realiza la siguiente afirmación, que se me hace muy confusa: “La respectiva misión educativa estriba en conseguir que esa realidad vital que acaba de despertar sea vista y reconocida, que se mantenga libre del carácter de lo ilegítimo, y que al mismo tiempo se inserte en el orden a través del cual se trata a la persona como responsable y se le aplican los criterios del honor” (p. 46).

Aunque la obra no tiene ninguna alusión directa a Dios ni al cristianismo, se aprecia la raigambre cristiana de la visión que ofrece, tanto en la profundidad con la que se expresa, en la comunicación del sentido de la existencia, cuando se trata de afrontar los tramos y las situaciones más dolorosas, como en el conjunto de los valores y actitudes a los que va haciendo referencia: prudencia, atenta vigilancia, búsqueda desinteresada del equilibrio, renuncia, fidelidad... Se nota, tal y como señala la reseña de la contraportada, que Romano Guardini gozaba de “capacidad de intuir lo trascendente en el hombre”.

La parte que desarrolla con más amplitud es la que dedica a la ancianidad a la que corresponden dos etapas: la etapa en la que vive íntegramente su condición, el hombre sabio, “quien sabe del final y lo acepta” (p. 93), reconociendo que la

sabiduría “es lo que aparece cuando lo absoluto y eterno penetra en la conciencia finita y pasajera, y desde ésta arroja luz sobre la vida” (p. 95); y la etapa del hombre senil, que describe con todo realismo y crudeza, pero de quien también reconoce que puede tener grandes posibilidades de vida con sentido, aunque con mayores dificultades.

El libro tiene dos añadidos, dos charlas que guardan relación con el contenido de la obra. La primera es “Las etapas de la vida y la filosofía”, en la que ofrece su reflexión sobre la relación entre el filosofar y el transcurso vital, con un tono ameno, cordial y profundo. Son muy bellos y conmovedores los párrafos que dedica a la descripción de las cualidades filosóficas de la etapa de la infancia. La segunda charla se centra de nuevo en la etapa de la ancianidad y se titula “Del envejecer”. Es donde se refiere con más profundidad a la necesidad de que el anciano acepte y reconozca sus limitaciones y las asuma de un modo positivo, e interpela a la sociedad sobre su deriva marginadora de los ancianos. En estas dos charlas sí hay una alusión directa y clara a Dios y a la experiencia de fe.

Esteban de Vega

VARIOS

Lorenzo SILVA, *Diario de alarma*, Destino, Barcelona 2020, 300 pp.

El propio escritor dice en la presentación de su libro: “No es más que una modesta aportación a la memoria de lo que nos pasó a los que apenas nos pasó nada, a los que desde la seguridad de nuestras casas vimos cómo otros se arriesgaban, morían y se sentían solos y abandonados cuando habríamos debido poder socorrerlos” (p. 14). Ni en el título ni en el párrafo citado aparece la palabra clave en torno a la que gira este diario: el covid. Se trata de un libro en el que el famoso escritor recoge lo que vivió él, su familia y el conjunto de la ciudadanía desde el día 14 de marzo, antes de que se decretase el confinamiento, hasta el 3 de mayo, día en el que ya se había iniciado la desescalada.

Es un libro de amena lectura, en el que se presenta lo que vivimos en esas semanas, las más críticas de la pandemia, destacando las páginas más amargas y también aquellas más esperanzadoras. Sin duda, lo más duro tiene que ver con la situación sanitaria, y muy especialmente la que se vivió en las residencias de personas mayores, que nunca podremos olvidar; y lo más esperanzador y positivo se refiere a los muchos actos de solidaridad que se realizaron en aquellos días, tanto por parte de los sanitarios, que estuvieron siempre en primera

fila, como de otras muchas personas, la mayoría anónimas, que se desvivieron por quienes peor lo estaban pasando.

Como es un libro que se refiere en realidad a un período relativamente corto, en él se comentan con cierto detenimiento también los avatares políticos de aquellos días tan intensos y convulsos. Merece la pena reconocer que, aunque a veces adquiere un tono realmente crítico, sobre todo cuando se refería a la situación sanitaria y a los recortes anteriores que contribuyeron al caos, lo cierto es que mantiene una visión sosegada de la realidad, negándose de entrada a hacer sangre de los políticos que tuvieron que hacer frente a una situación terriblemente estresante, en medio de una urgencia inusitada. No quiere ensañarse conscientemente con quienes lo hicieron del mejor modo posible, recibiendo las críticas constantes de quienes actuaban sintiéndose profetas respecto a lo que habría sido conveniente hacer: ser adivino respecto a lo que ya se ha vivido es tarea demasiado fácil. Por el contrario, reconoce que acertar en todo en medio de una situación tan compleja habría sido imposible.

Vemos desfilan por sus páginas también los acontecimientos que

discurrieron aquellos días que, aun estando tan cercanos, se nos hacen ya casi remotos, por la densidad con la que hemos ido viviendo el tiempo presente, tan avocados a las desgracias de distinto tipo que nos han asolado desde entonces. Se deja constancia en el libro de las discusiones sobre la realización de la manifestación del día de la mujer, que tuvo lugar pocos días antes de que se impusiera el confinamiento; los aplausos a los sanitarios y las caceroladas contra el rey emérito; lo más comprado en aquellos días: el papel higiénico, el vino...; las contradicciones que se fueron sucediendo en torno al uso de la mascarilla... Pero frente a estas noticias y tensiones, que fuimos viviendo, el autor fija también sus ojos en otros acontecimientos mucho menos visibles a nivel general, en torno a los que nos invita a reflexionar: la mirada constante a la historia personal, a la necesidad de hacerse a nuevos hábitos para enfrentar este período sin desmoronarse ni dejarse llevar por la pendiente; la atención a los niños y a los más débiles...

Llama la atención también que el escritor no se casa con nadie en sus opiniones: reconociéndose varias veces como republicano y de izquierdas, es capaz de resaltar las sabias decisiones de políticos de derechas cuando cree que debe hacerlo; destaca la buena intervención del ejército en su apoyo frente a todas las necesidades que fueron surgien-

do; a pesar de reconocerse como no creyente, ofrece unas reflexiones en torno a la fe muy interesantes y sabias. Lo que no está dispuesto a admitir en ningún momento es la cerrazón y el dogmatismo, que vio también muy exacerbado en esos días en algunos políticos, especialmente de índole independentista.

Junto a todos estos comentarios, exposiciones y reflexiones en torno a lo que vivimos en ese período, el escritor nos narra también sus rutinas, sus tareas, aquello en lo que está escribiendo, y realiza comentarios en torno a lecturas que desea recomendar, películas que aprecia especialmente, canciones que le son referenciales, poemas que merece la pena destacar... Son muchos los pensadores que aparecen citados en estas páginas, pero destacan las referencias a escritores y autores de hace siglos, en los que ve una clarividencia y sabiduría que nos vendría muy bien para afrontar lo que ahora nos toca vivir: Tucídides, Procopio, Jenofonte, Ganivet...

Por sus páginas aparece también algún que otro homenaje a personas que fallecieron en esos días, a causa de la pandemia o por otros motivos. Destaca en ese sentido el afectuoso reconocimiento que hace del cantautor, pintor, poeta y cineasta Luis Eduardo Aute.

Las últimas páginas del libro se escapan al formato de diario y se tra-

ta de un apéndice, ya sin fecha, en el que empieza con las enigmáticas palabras “Patricia Kal soy yo”. En ese apéndice reconoce que el libro que iba a publicar con el seudónimo de Patricia Kal, y que tendría por título “Y te irás de aquí”, es en realidad él. Lo reconoce porque ha cambiado de idea y ha decidido

dejar el libro disponible mientras dure la pandemia, gratuitamente y en soporte digital, para quienes la quieran leer. Es su contribución personal para ayudar a paliar los efectos de la pandemia. Una hermosa y noble contribución.

Esteban de Vega

Pau GASOL, *Bajo el aro. Aprender del éxito y del fracaso*, Penguin Random House, Barcelona 2018, 190 pp.

El famoso jugador de baloncesto Pau Gasol escribió este libro en 2018, ofreciendo en él una reflexión sencilla y directa sobre el modo de afrontar la vida, para conseguir en ella el máximo desarrollo del potencial humano. El subtítulo “Aprender del éxito y del fracaso” resume bastante bien el contenido de la obra. Aparecen también en él algunas notas biográficas del jugador, pero el libro no es una biografía, sino la comunicación detenida de la experiencia vital en la persecución del sueño de ser uno de los más grandes jugadores de baloncesto del mundo.

El libro está estructurado en cinco partes y en cada una de ellas se centra en algún rasgo vital que para Pau es fundamental. El título de la tercera parte coincide con el subtítulo del libro. Aunque cada capítulo tiene su propia temática (el talento, el inconformismo, el éxito, el fracaso, el liderazgo...) lo cierto es que en conjunto el libro se hace un tanto repetitivo, aunque en todo

momento la lectura es amena y refleja un talante personal cercano y sencillo. Sorprende descubrir en una superestrella tanta humildad, preocupación por la solidaridad, cercanía, gratitud y sentido común.

El libro está plagado de muchos consejos directos, a veces tomados de autores a los que cita, y a veces de su propia cosecha. Por ejemplo, la capacidad de aprovechar las derrotas y la adversidad para hacer de esas ocasiones momentos de crecimiento. Descubrir que los malos momentos son inevitables y que incluso son necesario para poder disfrutar mejor de los buenos. La preocupación por controlar solo lo que se puede controlar, sin perder tiempo ni energía en preocuparse por aquello que está fuera de nuestro alcance.

Considera que es muy importante conseguir la humildad para poner las grandes capacidades a disposición del grupo en lugar de utilizar-

las siempre para la gloria personal. Los grandes jugadores, los grandes entrenadores y los grandes líderes son los que ayudan a poner las propias cualidades en función de lo que el grupo necesite. Una de las grandes lecciones que ha aprendido después de pasar por tantos equipos es que en el baloncesto es fundamental la conexión con los compañeros y con el entrenador, descubriendo a partir de esa conexión que es más importante el brillo del grupo que el brillo personal. Por eso escribe: “Los mejores equipos son los que gestionan mejor los egos” (p. 49). Ha aprendido también a diferenciar quién es uno realmente del personaje en el que a veces nos transforma el éxito.

Una de las imágenes que más me ha llamado la atención en el libro es la del diamante: se trata de una piedra de un valor extraordinario, sin duda, pero que no serviría de nada si ese valor que no se aprecia a simple vista no se descubriera y se trabajara, puesto que el diamante en bruto, sin pulir, es un pedrusco que no tiene nada que lo haga especial; pero cuando se le dedica tiempo y esfuerzo para pulirlo y trabajarlo, a pesar de su dureza, se convierte en una joya admirable. Así ocurre con el talento de las personas.

A lo largo del libro cita a muchas personas cuyo ejemplo y enseñanzas le han hecho mejor. Con algunas de estas personas ha tenido

la suerte de entrar en relación, y a otras las ha conocido por medio de lecturas. Es el caso de jugadores de baloncesto como Michael Jordan y Raúl López, inventores como Thomas Edison, jugadores de fútbol como Sergio Asenjo, portero del Villarreal... Del entrenador Phil Jackson, por ejemplo, comenta que aprendió muchísimo y que les proponía ejercicios de meditación, visualizaciones, zen... Y les regalaba libros para fomentar la lectura, pensando mucho en el tipo de lectura más adecuado para cada uno de los jugadores. Esta es una de las causas por las que Pau Gasol es un gran lector.

En el libro reconoce constantemente los méritos de los demás y explica cómo creció en la capacidad de renunciar al liderazgo cuando no le correspondía. Se siente en deuda con muchas personas y considera que si ha llegado donde ha llegado ha sido gracias al esfuerzo de mucha gente que ha confiado en él y ha contribuido de diferentes modos a que el diamante que había en él saliera a la luz. Esta gratitud es especialmente viva respecto a su familia, pero se comunica a muchos más: sus compañeros, sus entrenadores, fisioterapeutas, preparadores físicos... Y en todos estos casos con nombres propios. El ánimo, la compañía, la educación en valores, el apoyo constante, la invitación al esfuerzo y la dedicación, la necesidad de graduar los objetivos y las metas, el aprove-

chamamiento de todo, hasta de lo que llama los “minutos de la basura” (los pocos minutos en los que le permitían salir a jugar cuando era muy joven y estaba lleno de nervios). Hasta los ejercicios que pueden parecer carentes de sentido, más tediosos o más costosos, se revelan con el tiempo necesarios.

En este libro Pau Gasol presenta otra faceta de su vida menos conocida, pero importante, la solidaridad: el voluntariado en hospitales, la visita a enfermos, especialmente a los niños, el ser embajador del programa Hoops for st. Jude, la creación de la Gasol Foundation contra la obesidad infantil, ser embajador de Buena Voluntad de Unicef. Todas estas experiencias le han permitido, entre otras cosas, visitar muchos países con gravísimas realidades. Reconoce que venderse al éxito es una de las tentaciones

contra las que hay que luchar, a la vez que descubre una buena faceta que puede ofrecer la fama, y es la de convertirle en un altavoz para las buenas causas, asumiendo la responsabilidad que esa fama supone.

La lectura de este libro me parece muy recomendable, especialmente para los jóvenes que pueden ver en Pau Gasol no solo la estrella de fama mundial, sino la persona que ha sabido trabajarse para llegar hasta donde ha llegado, sin olvidarse de ser una persona digna de respeto y de confianza. Se aprecia en Pau Gasol que el éxito no se le ha subido a la cabeza, sino todo lo contrario: ha sido un buen trampolín para hacer de él una persona más humilde, responsable y ejemplar.

Esteban de Vega